

Literatura Puneña



Luis A. Incacutipa

Reservados todos los derechos

LITERATURA PUNEÑA

Primera edición
Puno, febrero de 2010

© Luis A. Incacutipa, 2010

Gamaliel Churata

El pez de oro

(fragmento)

Tal los muertos lloran, y se van, aunque no de ellos.

¿El verdadero cosmos no será la célula? ¿El concepto de espacio habrá de ser rectificado, pues, se ve que la “Idea” de magnitud se concibe sólo en sentido inverso al volumen, así cuando mayor su espacio menor? Y esto es porque es la célula el individuo que posee la cualidad de permanencia, del poder estar si las formas a que concurre son susceptibles de desintegración y ella no conoce otro estado que estar. ¿Ese cuerpo, u organismo mínimo, constituye la sola realidad? ¿Al último, los sistemas complejos que rigen el movimiento astral determinan el suyo, o del suyo parte la rítmica cósmica? Contesta Platón.

¿Sostiénese que las células que mueren son presto reemplazadas por otras vivas; por lo que se hace inevitable admitir que realmente, se vive sólo porque se debe morir? ¿Responde a empirismo absoluto tan magno conocimiento? El que algo se inhiba los ojos, o al tacto, puede ser suficiente testimonio para darle por desaparecido. Que haya desaparecido de sí mismo, lo que ocurriría si al desaparecer muriese, estado en que no estará más en él. Se establece el deceso de un individuo cuando cesó el latido arterial, calló el resuello de los pulmones, que entonces el profesional identifica con la inmovilidad la muerte. Su discrepancia con el brujo arcaico es evidente; pues éste se dispone a operar precisamente cuando esos fenómenos desaparecen, entendiendo que su desaparición ha determinado nuevas formas funcionales de la materia; lo que demuestra que poseía intuición segura de

la inmortalidad de la célula; mientras el moderno hombre de ciencia (el oficial al menos) tiene conciencia de su inevitable mortalidad. De ellos hay quien –que sepamos– al autorizar el óbito exprese que sólo “aparentemente” su enfermo ha fallecido, por lo que, con muchas probabilidades de no incurrir en delito; podíasele cremar o sepultar. Con apretada entraña el brujo sigue tras el lloro de los deudos, y siente, como éstos, que el “muerto” llega vivo a la tumba. Vese que si no ha discurrido científicamente, ha experimentado con ciencia, que si el cuerpo se forma por células, y condición de éstas es ser germinales, porque las formas que conforman desaparezcan, pueden haber desaparecido ellas. Y porque lo siente en conciencia ve patíbulo en la tumba y cárcel, sabiéndose obligado a llegárseles son presentes de afecto y el avío que sustenta. Ya es fácil descubrir que el hombre de ciencia no ve que la huesa es, por lo menos símbolo patibular del hombre.

Si no hay abismo de ignorancia científica entre ambos, que lo demuestre Platón.

Acaso todo esto es sepa a paradoja. Por eso mismo correspondemos buscar los medios que permitan decidir de manera concreta e inobjetable, si la célula muere, cómo muere y cuáles las formas en que tal fenómeno no se manifiesta.

Sostiene el miólogo que ciertos sistemas musculares suelen sufrir endurecimiento que impiden el normal riego sanguíneo, o se linfatizan por exceso de trabajo, iniciándose su depauperación y la muerte. De acuerdo con la doctrina, la vejez, que implica reducción vital (para nosotros aparente), es período en que el organismo comienza a morir, como la semilla que madura; de manera que viejo que tremola apoyado en su bordón es uno que anda a medio morir.

La semilla que se desprendió de su yema no apesta; sabe a gusto de tálamo, olores seminales, eróticos, amativos... Y no el pobre vejuco que es sólo madura semilla.

En el organismo viril los sartorios afectados, y muertos al fin, presto se reemplazarán por otros que elaboran (cómo, no los sabemos) el músculo vivo. De suma importancia observar que, en efecto, así espero, ¿cuáles los medios y normas de ese proceso? Teníamos que habérselo planteado como previa cuestión, pues allí, se incorporan dos fenómenos que polarizan el drama de la materia: por una parte, la célula que muere y por otra la que sustituye; y determinarlo será tanto como haber dado con la clave de la vida y no menos con la clave de la muerte.

Dada como “verdad” la muerte de la zona muscular enferma, para su reemplazo tiene que producirse germinación y nacimiento de nuevas células; lo que impondrá reconocer que la célula –toda célula– es andrógina, como Jehová; de otra manera no lograría proliferar. Y, así, desde el prendimiento de la semilla, el óvulo, la materia se desarrollará por proceso genésico, creciendo hasta sus límites, debido a tales funciones. Vivir será germinar.

Gamaliel Churata. Su nombre verdadero es Arturo Peralta Miranda. Nació un 19 de junio de 1897 y murió un 8 de noviembre de 1969 en Lima. Es el intelectual más insigne de las letras puneñas. Publicó una inmortal obra, *El pez de oro* (que está considerada como la Biblia Andina), en 1957, en la editorial Canata de La Paz. Fundó y dirigió el grupo más grande del Sur peruano, *Orkopata*, que estaba conformado por su hermano Alejandro Peralta, Emilio Vásquez, Emilio Armaza, Dante Nava, Luis de Rodrigo. Difundían sus trabajos a través del *Boletín Titikaka*, que tenía como colaboradores a los intelectuales de distintos países.

“... *El pez de oro* se va a revelar a uno de los libros más renovadores de la vanguardia peruana. Aparece tardíamente en 1957, que para muchos les resulta desconocido. El libro debió aparecer mucho tiempo antes de la edición que conocemos, por fatal designio y motivos muy ajenos se postergó. En *El pez de oro* encontraremos piezas breves como hayllis, harawis, poemas líricos, trozos narrativos, leyendas, historias, mitologías del kollao, y un sin fin de pensamientos e ideas. Su estructura barroca deslumbra por el peso y sabor indigenista que sabe a una cierta musicalidad. Muchos se preguntarán si *El pez de oro* es novela u otro género literario. Creemos que es un tratado de prosa poética donde se estila de todo: magia, esencia aymara y andina, imaginación desbordante, cuyos capítulos saben a retablos de simbolismo autóctono. *El pez de oro* es de puro surrealismo, tal vez uno de los primeros que funda el surrealismo

en el Perú” (Toro Montalvo, César; 591:2000).

Luis de Rodrigo

ALALAU

Alalau!
gritaron los ponchos anoche
en el ángulo más hambriento
del poblacho.

Alalau!
los yauris del frío en la carne y
en los yertos hilos de lana y en
el alma errante que pasa.

Alalau!
vientecillo
traicionero
de la pampa
qué triste tu canto de anoche,
sunka, sunkita...!

Alalau!
y no haber Santusa que espere,
ni fuego siquiera en el trago
ni medio de coca en los dientes...

Alalau!

ZAMPOÑAS

Habitante señero
De la gruta nevada,
Vigila
El clamor de los riscos.

SE HAN DESPLOMADO YA LAS MIL ALAS
DE LOS VIENTOS

En el desfiladero.
Está blando el corazón de mi puna

Zampoñas
Zampoñas

DE LOS CARRIZOS HA VERTIDO SANGRE
CUÁNTAS VECES SE HABRÁ DECAPITADO

EL SILENCIO

Qué mal se van cerrando
En la noche
LAS HERIDAS DE SOL
Qué mal...

CHARANGO

¡Ay, charango, charanguito!
Fuga de ensueño, enredado
en las nubes y en las nieves.

Por los caminos te vas
por los caminos te vienes
llorando, riendo, danzando...

¡Ay, charango, charanguito!
cuerda nerviosa del pecho
vibrante de huaiños locos
bajo el rescoldo del poncho
y los dedos voluptuosos.

¡Ay, charango, charanguito!
compañero en la tristeza
dulce fuego en el amor:
por ti lloran las Malikas
por ti florece la vida
y entra en las venas el Sol.

¡Ay, charango, charanguito!
canto veloz y sensual
del hombre que busca su alma
en el cerro y en la pampa
en la chuglla y el breñal
y la encuentra sólo al grito
de su propia soledad.

¡Ay, charango, charanguito!
fuga de ensueño enredado en
las nubes y en las nieves.

Por los caminos te vas
por los caminos te vienes
llorando, riendo, danzando...

Luis de Rodrigo. Su nombre verdadero es Luis A. Rodríguez. Nació un 11 de mayo de 1897 en Puno y murió un 12 de noviembre en Lima. Es uno de los poetas más grandes del indigenismo puneño.

“Poeta singularmente dotado para captar la sui géneris riqueza del paisaje collavino y la actitud agónica de su habitante, con quien se identifica a través del común y dual denominador de la sangre y la esperanza...” (Delgado Pastor, Amadeo; en *Antología comentada de la literatura puneña*, de Feliciano Padilla).

En 1945, el Ministerio de Educación publica su libro *Puna*.

Alejandro Peralta

Versos del abuelo

A Adita
Susanita
Dianita
Norita
Milagritos
Nelson

“Dejad que los niños vengan a mí”
dijo la voz de un florido corazón
Esa perfumada voz
tiene su casa en mi corazón.

Aprended de los pequeñuelos
que sabe leer en mi corazón
corren gritan, cantan posan sus deditos
sobre las espinas de mi corazón.

Son mi pan del día
dueños de la luz
¿cómo hacer con todos en mi corazón?

Ruiseñor canario jilguero perico codorniz gorrión
por favor pasadle la voz
que está abierto de par en par mi corazón.

l a p a s t o r a f l o r i d a

Los ojos golondrinas de la Antuca
se van a brinco sobre las quinuas

Un cielo de petróleo echa a volar 100 globos de humo

Picoteando el aire caramelo
evoluciona una escuadrilla
de aviones orfeonidas

Hacia las basílicas rojas
sube el sol a rezar el novenario

Sale el lago a mirar las sementeras
El croar de las ranas se punza en las espigas

Los ojos de la Antuca
se empolvan al pasar por los galpones

Ha guturado la campana
el asma tatarabueta del pueblo

Din Don Diiin Dooon

—como tijeras de trasquila
se ha hundido en el vellón de las ovejas

Pobre Antuquita

Todo el día detrás de la majada

Hecha un ovillo sobre las piedras

Se ha ido tan lejos

Se va a quedar en media pampa
acorralada entre los cerros
El barro de los fangos
ha ensuciado el camino bengala de sus ojos
Para qué habrá ido sola al pastoreo
con tantos duraznos abridores
i las caderas reventonas
Tiene la boca llena de tierra quemante
Un kelluncho le brinca sobre los parietales

Bajo un kolli pordiosero
ha hecho acrobacias locas con el Silvico
en el trapecio de sus nervios

I SE HAN SAJADO LAS CARNES
I HAN HECHO CANTAR LA HONDA

Los ojos golondrinas de la Antuca

se van
planeando
por las cabañas...

e l i n d i o a n t o n i o

Ha venido el indio Antonio
con el habla triturada i los ojos como candelas

EN LA PUERTA HA MANCHADO LAS CORTINAS DEL SOL

Las palabras le queman los oídos
i en la crepitación de sus dientes
brincan los besos de la muerta

A n o c h e
envuelta en sus harapos de bayeta
la Francisca se retorció como un resorte
mientras el granizo apedreaba la puna
i la vela de sebo

c o r r í a a g r i t o s p o r e l c u a r t o

Desde el vértice de las tapias
aullará el perro al arenal del cielo

De las cuevas de los cerros
los indios sacarán ruidos como culebras
p a r a a m a r r a r a l a m u e r
t a

Hacia el sur corta el aire una fuga de búhos
i un incendio del alcohol tras de las pircas
prende fogatas de alaridos

A rastras sobre las pajas

la noche ronda el caserío

Alejandro Peralta. Es otro de los poetas más grandes del indigenismo peruano. Nació en 1899 en Puno y murió en 1973 en Lima.

“Su poesía acrecida por una esencia vital que tiende a recoger la travesía del ande, ofrece el ambiente sureño de la nueva fe del Perú profundo, afirmada desde las raíces del Lago Titicaca. Vanguardista a su modo, sus versos recogen el sentimiento de tristeza y desolación cargada por imágenes ilusionistas, que entremezcla la expresión de la naturaleza, y desde luego, la independencia de su fe creadora, entre elocuente, plástica y surrealista” (Toro Montalvo, César; 664:2000).

Obras:

- Ande (1926)
- El Kollao (1934)
- Poesía de entretiempo (1968)
- Tierra-Aire (1971)
- Al filo del tránsito (1974)

Dante Nava

Orgullo aimara

Soy un indio fornido de treinta años de acero
forjado sobre el yunque de la meseta andina,
con los martillos fúlgidos del relámpago herrero
i en la del sol, entraña de su fragua divina.

El lago Titicaca templó mi cuerpo fiero
en los pañales tibios de su agua cristalina,
me amamantó la ubre de un torvo ventisquero
i fue mi cuna blanda la más pétreo colina.

Las montañas membrudas educaron mis músculos,
me dio la tierra mía su roqueña cultura
alegría las albas i murria los crepúsculos.

Cuando surja mi raza que es la raza más rara,
nacerá el superhombre de progenie más pura,
para que sepa el mundo lo que vale el aimara.

La lavandera

Buena lavandera de ojos de venado,
de cutis de bronce, de espaciosa frente,
de cabellos negros, de boca candente,
de pollera roja, de mantón rosado.

Lavandera buena que todo has lavado
en el arroyuelo, junto a la vertiente
desde la camisa valiosa i decente,
hasta el calzoncillo pobre i remendado.

Oh lavanderita de ojos de venado.
oh lavanderita que todo has lavado
con las manos blancas de tu dulce amor.

Con el agua alegre de tu risa amena,
i el jabón rosado de tu carne buena,
lava mi alma sucia... ¡sucia de dolor!

Dante Nava. (Chorrillos-Lima, 1898 – Puno, 1958). Es descendiente de familia italiana por su padre, y española, por su madre. Desde que llegó a Puno, todavía niño (antes de cumplir un año), se identificó con la tierra altiplánica.

“El Gringo Nava. Así le llamaban en la ciudad lacustre a este magnífico poeta de inspiración nativista. Su padre era un viejo italiano que había llegado a Puno en el último cuarto del siglo pasado. Allí nacieron sus hijos. Qué intrincado presentimiento

le hizo bautizar a su hijo con el nombre del excelso poeta toscano. Este hombre rubio, alto y fuerte, aprendió las primeras letras en la Escuela 881 de José Antonio Encinas y la versificación en las tersas aguas del lago, sobre la “plana” de la bahía azul. Dante Nava fue un magnífico poeta puneño. El más alto exponente de la expresión serrana...” (Bermejo, Vladimiro; en *Antología comentada de la literatura puneña*, de Feliciano Padilla).

Obras:

– *Antología Dante Nava, poeta del lago*. Lima, 1990. Publicación de Nina Costa De Marco.

Emilio Romero

Balseros del Titicaca

Los cerros que bordean la bahía de Puno, en el Titicaca, cortan bruscamente la tarde. Ocultan el sol sin crepúsculo, pero por los flancos de las montañas, se proyectan los dorados rayos del sol de los gentiles sobre las penínsulas de Capachica y Chucuito.

Precisamente a la caída del sol deja de soplar aquel viento constante que los aimaras llaman khota-thaya o viento del lago. Hay una ligera calma antes que las chihuanqueras alcen vuelo hacia el Oeste anunciando el viento de ese lado, el suni-thaya.

Bautista, el pescador, tiene sus aparejos listos. Su balsa se balancea al pie de las rocas donde tiene su cabaña. Aprieta el nudo de su incuña de fiambre y envuelve la chuspa de coca descendiendo rápidamente de la peñolería.

Su balsa es frágil, apenas del ancho de sus caderas. Movable como una lagartija, con dos puntas filudas de totora amarilla, levanta la vela corta y romboidal que se hincha con la brisa del sur, que empuja su balsa hacia el totoral.

Centenares de chugllas humean en los cerros. La bosta arde pesadamente y despide humo espeso. Allá lejos, el puerto de Puno parece achatado, sumergido en las orillas del lago. Ilusión óptica, curvatura de este mar dulce. Parece una ciudad encantada de plata y sangre. Tejas y calaminas se reflejan en largas ondas movibles en el lago. El vapor Ollanta calienta calderas, enciende luces rojas y verdes. La balsa hace pliegues en el agua, como sobre una tela de seda, camino del totoral.

De pronto, un rumor de trueno repercute en todos los cerros. Redoble de tambores, maquinaria sorda y terrible. Aparece al extremo del golfo el tren de Arequipa. Jadeante, incendiario, arrojando chispas avanza a la ciudad. Su ojo gigante deslumbra con el sol. El viento trae sonidos de campanas; los cien ojos rojizos del barco no pestañean siquiera. Esperan a los pasajeros para Bolivia.

Soberbio espectáculo. Bautista se siente un Dios lacustre sobre su veloz balsa. Una muralla negra son los cerros; el lago todavía está tranquilo. Las luces del muelle se alargan. Chorrean como oro fundido en el agua. Aquella soberbia visión panorámica es un regalo a sus ojos, mientras la balsa llega al totoral. Ya está llegando. Sus ojos ven mejor en la noche. Las totoras forman una barrera inmensa, pero Bautista ya conoce la entrada. Mueve los remos traseros como timones y endereza la balsa hacia el bosque espeso e inmenso de los totorales, donde hay lagunas llenas de peces.

Aquí el lago cubierto de totorales se aprisiona en canales de agua cristalina. La brisa no llega a estos callejones inmensos que siguen por misteriosas curvas que sólo la experiencia aimara puede descubrir en la noche.

Se cruzan algunas balsas rezagadas que van a Puno desde las islas de Takili o Amantaní.

—¡Uúh!

Apenas un grito a boca entreabierta, es el saludo entre balseros. Un aullido con U francesa. Las balsas pasan con la gallardía de un lujoso paquebote trasatlántico.

Por fin ha llegado. Una claridad plateada se abre ante sus ojos. Ahí está la laguna pletórica de peces sabrosos. Hay que cogerlos con red porque están voltejando a millares

en el fondo escaso de la laguna. Pero antes hay que cegarlos. Y Bautista amontona totoras secas sobre su balsa, enciende un fósforo y hace una hoguera. Los peces quedan ciegos ante la deslumbrante llamarada. Bautista sumerge la red y recoge centenares de peces.

Trabaja hasta la media noche. En su balsa ya no cabe más. Toma un puñado de coca y con el remo empuja su balsa entre un macizo totoral donde sube como a un dique y duerme hasta el amanecer.

No hay amanecer más bello en paraje alguno de la tierra. Se insinúan en la lejanía las nieves de la cordillera. En las riberas, el golfo verdecido y cubierto de eucaliptos, mentas silvestres y matorrales. Miles de cabañas humeantes y rodeadas de fragantes flores del Inca. Allá, la ciudad de plata y sangre todavía duerme. El muelle está desierto; se ha ido a Bolivia el vapor. Todavía se ven brillar algunas estrellas a pesar de la luz del día. Las nubes con todos los colores del arco iris, aurora boreal, oro, sangre, esmeraldas fundidas. Millares de pájaros entonan sus cánticos mañaneros. Bandadas de flamencos vuelan en escuadrillas tendidas hacia la aurora, rosada como sus alas. Patos, parihuanas, huallatas blancas como la nieve y dominicos de capuchón negro y alas blancas graznan con alegría.

Bautista se desespera y hace cruzir su balsa alzándose para observar sobre la barrera de totorales. Las islas y las penínsulas están teñidas de púrpura. Las casas de calamina de Puno, lejanas y borrosas, brillan como espejos de plata bruñida. El lago es un cristal, una masa de azogue inmóvil, una plancha gigantesca de acero. No hay ni una leve brisa.

Este bello amanecer es sin embargo para desesperar al pescador. ¿A qué hora vendrá el viento? La pesca abundante empieza a transpirar sobre la balsa, porque el sol quema ese estanque cercado de totorales de verde oscuro. Bautista cambia de coca arrojando el pigcho que ha rumiado en toda la noche. Se le escapa una interjección de rabia al ver esa inmensa naturaleza viva y de fiesta en descanso dominical y con la brisa de vacaciones.

Arde el sol. Se levanta una vaga niebla cálida de estanque; el aire está espeso y caldeado. Mientras más asciende el sol, la prisión lacustre es más insoportable. Bautista toma su merienda de papas frías, chuños congelados y bogas ahumadas. Renueva otra vez la coca. Se inclina sobre el lago para beber agua en el hueco de sus manos. Hace un gesto de asco, el agua está amarga, pues hay pantanos en el fondo.

La brisa no llega en todo el día. El lago es un inmenso espejo para incendiar los cielos, para quemarlos como papel. Está en fiesta el sol achicharrante y terrible.

—¡Karaspal! ¡Ahora va a granizar!...! —exclama Bautista. A sol espléndido, tempestad segura.

Y en la tarde de aquel día granizó. Y luego un fuerte viento agitó el mar dulce. Nublado el cielo y plomo oscuro, ceniciento y terrible el Titicaca, agitaba sus olas como un mar. La balsa parecía formar un solo cuerpo con la frágil embarcación. Las olas del Titicaca no tienen el ciclo amplio y profundo de las olas del mar, pero su embate es más rápido, más corto, de curva leve y espumosa. Las olas pequeñas atacan con furia y rapidez.

Bogueros del Titicaca, en todas las bahías y en el Gran Lago, luchaban aquella noche con la tempestad. Un viento helado cortaba la piel como vidrio de botella. Negrura absoluta por todas partes, los bogueros ven a través de la noche como búhos. Ni una queja, ni una interjección, ni una palabra de misericordia. Bautista empuñaba con mano dura los dos remos que arrastraba como timones luchando

por mantener derecha la balsa. Imposible arriar la vela. No había manos para desenvolver la sogá; y aunque hubieran habido, era el viento tan fuerte que habría pegado el velamen de totora contra la achihua clavada como un compás abierto sobre los flancos de la balsa.

El viento arrastraba como una hoja seca la balsa de Bautista. Las olas la levantaban por detrás y la hacían sentar bruscamente al retirarse, inundándola. Pero no había ola capaz de despegarlo de su balsa. Su propio cuerpo era como un caracol, que dirigía la balsa pegado a su concha.

De pronto una masa negra se interpuso. Cerró los ojos. Ni una luz roja había en el muelle. Los carros de plataforma y las bodegas abandonadas, resistían al embate del viento que silbaba en los hilos del telégrafo. La balsa paró en seco y reventaron algunas sogas de paja de las puntas.

Otras balsas más grandes iban atracando a media noche. Hasta la hora del amanecer centenares de balsas cubrían las aguas del muelle.

Ahí estaba a pocos pasos, durmiendo todavía, la ciudad con sus calles estrechas para ser más afectuosas. Las torres de la catedral velaban su sueño. Las torres de San Juan parecían minaretes. La techumbre de zinc de San Juan de Dios parecía un zepellín de plata. El camposanto cerca; el mercado, la estación, todo cerca; unido, cariñoso, lleno de ternura.

Pero los ojos de Bautista que no habían temblado al sol achicharrante del día ni a la tempestad horrible de la noche, miraban con temor la ciudad.

Del barrio de Mañazo comenzaron a bajar al muelle las cholaskateras, alcanzadoras de provisiones. Bajaban soldados y mercachifles. Todos los balseros se pusieron de pie como aprestándose a una batalla. A los pocos minutos, mercachifles, soldados y kateras hacían saqueo de las provisiones.

—¡Indio animal, esto es para el comandante! —le decía un soldado a uno, quitándole la canasta de huevos.

—¡Ladronazo! ¡Conténtate con cuatro reales por esta talega de quesos o te mando preso! —chillaba una katera.

Otra más práctica, le quitó el sombrero y el poncho a uno de ellos para obligarlo a seguirla cargando la pesca hasta el puesto del mercado. Cuando llegó, le alcanzó un pan y una peseta.

—Toma tatay y di que es tu santo.

Soldados, mercachifles y mayordomos de casas ricas hicieron tabla rasa con cuanta provisión había en el muelle.

Los indios invadieron después la ciudad con algunas pesetas en las manos para comprar añil, chancaca, agujas, tocuyo. A algunos les alcanzó para un trago de aguardiente.

Los policías les pedían libretas de Conscripción Vial, de Registro Electoral, de Servicio Militar, Carnet de Ocupación, Certificado de Vacuna y de Asistencia Escolar.

Los bogueros los miraban boquiabiertos. Los policías, cuando se habían cansado de llevar gente al cuartel, les daban de varazos y los dejaban libres.

Discurrían por la ciudad como idiotas, ahogados al peso del poncho. Pero en la tarde, al retornar a sus islas y a las penínsulas azules, ya solos en el muelle, se reían con risa sardónica y fuerte:

—Al turco de la plaza le saqué esta vara.

–Al gringo bachiche le tiré esta cuchilla...

–¡Mistis desgraciados, cochinos!

Y después de haber guardado bien sus compras, el periódico del día para que lean los chicos, el cuaderno de escritura, los lápices y la tinta para que escriban sus hijos en las escuelas de los evangelistas, levantaban sus velas y se alejaban con una canción de vida y de esperanza en los labios.

Emilio Romero. (Puno, 1899 – Lima, 1993). Está considerado como el padre de la narrativa puneña.

“Fue un distinguido jurista puneño, parlamentario, ensayista, periodista, decano de la Facultad de Economía de San Marcos, Presidente de la Sociedad Geográfica del Perú y narrador exquisito, dueño de un lenguaje definitivamente literario y pulcro. Escribió

el hermoso libro de cuentos: *Balseros del Titicaca* (primera edición, 1934; segunda edición, 1989). Mucho antes de este libro, desde 1918 las principales revistas de Lima y el extranjero, aparte de Puno, publicaron sus cuentos. Por ejemplo, "El pututu" fue publicado por José Gálvez en *La Crónica de Lima*. *Variedades*, por intermedio de Clemente Palma, publicó sus relatos desde aquel año. Otro cuento suyo fue publicado por la prestigiosa revista *Zig Zag* en Santiago de Chile. En los años 30 viajó a Lima. Allá, la política, el estudio metódico de la sociedad peruana y las convulsiones socioeconómicas de entonces lo separaron por un tiempo de la narrativa y lo llevaron por el camino de las preocupaciones sociopolíticas. Sin embargo, la publicación de sus libros "*Balseros del Titikaka*" y "*Memorias Apócrifas del General José Manuel de Goyeneche*" es suficiente para ser considerado entre los mejores narradores puneños de la etapa en que se lo menciona” (Padilla, Feliciano; 2005:217).

Obras:

- *Balseros del Titicaca* (1934)
- *Memorias apócrifas del General José Manuel de Goyeneche* (1971)

Mateo Jaika

Los pescadores del Titicaca

I

Esto sucede en uno de los veranos de la meseta del Titicaca.

Después de una noche de lluvia torrencial, aún amaneció encapotado el cielo. Una claridad turbia iluminaba el ambiente dando al lago una tonalidad lechosa. Los cerros azulinos de la bahía y su raquílica flora, se mostraban como entre tules.

El viejo Timoteo, de tez cobriza y ralisima barba cana, vestía pantalón de cordellate negro, camisa de tocuyo con mil remiendos y sombrero ovejón de falda caída.

El anciano pescador paró su balsa entre las temblorosas totoras de la orilla. Sus ojillos vidriosos avizoraban la superficie tersa del lago, que el céfiro matutino hacía ondular levemente.

Escuchaba atento la música semidivina que la brisa mañanera, mezclada con el canto de las aves lacustres, sinfonizaba en los totorales.

Después de embutirse un acullico en la boca y guardar la chuspa en el pecho se paró, y cogiendo el remo hizo surcar su balsa por entre el totoral. En medio del lago extendió sus redes. La ligera embarcación surcaba el agua, como un cincel sobre una lámina de metal bruñido.

La luz solar se habría paso entre las nubes, aumentando la claridad lacustre y tornándola en claridad.

De pronto comenzó a tirar la red. El diestro pescador la cobró. Los peces se movían como una sola masa viva; y al ser vaciado sobre la balsa, las bogas, los umantos y los carachis, se retorcían y saltaban ofreciendo sus vientres blancos al alba claridad del día.

Al dar las últimas remadas en la opuesta orilla, recibieronle chillando y voloteando una bandada de gaviotas. A esa hora poblaban ya la orilla cenagosa los patos huraños y las rosadas pariwanas garbosas.

El viejo Timoteo se arremangó los pantalones hasta las rodillas; chimbando el agua empujó su balsa a tierra, donde lió sus aparejos.

De su vivienda salieron a recibirlo, su perro peludo, sus seis nietecillos harapientos, y su vieja de pollera colorada y montera de cuatro puntas, con las mangas de su camisa de tocuyo remangadas hasta los codos.

El perro ladraba saltando de contento, los chicos le pidieron el remo y la malla, y la anciana el atado de pececillos.

Al descubrir el bulto, los rapazuelos que vieron que los peces aún se movían, cogieron a los más saltones y los sumergieron en la palangana de barro cocido, donde aquéllos tomaron su posición normal y comenzaron a mover sus aletas o bogar con agilidad. Los muchachos se maravillaban con esas cosas a la vez que se miraban en el espejo del agua.

La anciana cogió los peces más rollizos y después de destriparlos y desescamarlos, los embutió en una olla de agua hirviente, agregando papas peladas, rajadas de cebolla y ají molido. Revolvió y avivó las brasas del fogón con un palito y sopló fuertemente con un tubo de lata.

La viejecita hizo cocer el almuerzo y lo sirvió en platos de barro cocido. El caldo sabroso de las bogas despedía un olor de lo más provocativo. Reunidos todos alrededor de la olla, engullíanse la carne blanca y delicada de los peces, arrojando solamente las espinas. Cuando estuvieron ya hartos, los chiquillos fueron a despircar los corralones de las ovejas que balaban desesperadamente; la vieja desató las vacas que estaban atadas a las picotas, para llevarlas a apacentar en la orilla. El anciano cansado se metió en su vivienda a recobrar el sueño perdido.

II

Por el borde de las chacras floridas y los habales perfumados, los mozos y mozas de la comarca, batiendo al aire sus banderas peruanas y wichiwichis floreados, bailaban cantando la alegre wifala al son de la música alegre de sus charangos. Esta fiesta la ofrecen los indígenas en los días siguientes al carnaval, época en que toda la meseta gris, árida y silenciosa, se torna verdusca, florida, rumorosa y perfumada; época en que el cielo, perennemente pardo se deshace en lluviecitas con sol y cambia en azul turquí; época en que los arroyos, las vertientes, los manantiales y las olas cantan con más alegría, así como los pajarrillos a los totorales.

El viejo Timoteo enfiló las bogas en una lata que luego colocó sobre unas piedras que hacía de fogón improvisado, donde embutió cuanto charamusca encontró a la mano. Al comienzo una humareda espesa lo asfixiaba, pero después le llenó de contento una llama viva chisporroteante, clara y el agradable olor a pescado que se asa en ese olor a frituras que el viento colecta e impregna en el espacio.

Al atardecer las nubes iban haciéndose más espesas y los chorlitos se cruzaban en bandadas. Cuando el vientecillo que anuncia tormentas corría por las pampas, los cerros y el lago, volvieron la anciana y los chiquillos con sus rebaños, que fueron apresuradamente a encerrarlos en los corralones. Apenas llegaron a la cabaña se asomaron al asado y se pusieron a saborearlo. La viejecita, después de embutirse un bocado se dirigió a la cocina. Los chiquillos y el viejo al ver que arreciaba más el viento y que se aproximaba la tormenta, se apresuraron a recoger y a guardar todas sus cosas en las habitaciones. Poco después se embozaron con sus ponchos y sus bufandas.

El lago se puso furioso, cambió de color y arrojaba a su orilla copos de espuma. Las gaviotas, que revoloteaban capeando las olas, de improviso descendían para hacerse mecer por ellas. Los patos y las wallatas, por parejas, apresuradamente volaban hacia occidente y parvadas de pajarritos también volaban luchando contra el viento.

III

Cuando ya todo se hallaba lóbrego y sólo los lejanos relámpagos iluminaban intermitentemente el espacio, sopló con más furia el viento y los truenos hicieron temblar la tierra; comenzó una lluviecita menuda, cantarina; después, se deshicieron nuevamente las lluvias en chaparrones.

A esa hora de borrasca en que parece que a todo el orbe conmueve un cataclismo, una lechuza comenzó a aletear y graznar en la puerta de la vivienda. De los ancianos que velaban, el viejo salió a atisbar. Volvió lleno de estupor y dijo a la anciana.

—La lechuza ha graznado en nuestra puerta. Mala señal, ¡malagüero!

La aludida contestó:

-¡Ay! Dios mío qué será.

Y ambos tuvieron la evidencia de una tragedia.

Y así fue, aunque parezca mentira. En los días siguientes comenzaron a enfermarse los chiquillos. El dolor de cabeza, el estómago, las calenturas, los tiró en cama uno tras otro. Los viejos no sabían con qué sanarlos. El curandero del ayllu recetó pegarles a las plantas de los pies, papeles untados con clara de huevo, darles cocimiento de ñujcho, ponerles unas hojas frescas de llantén a las axilas, bañarlos con orines frescos... Todo lo pusieron, mas, sin resultado alguno. Los muchachos se asaban lanzando ayes que desgarraban el alma. Tenían los labios secos y las barriguitas hinchadas con manchas moradas. Los abuelos se pasaban todas las noches en vela y transidos de dolor, sólo atinaban a interrogarse:

¿Qué tendrán? ¿Qué hacer? ¿Qué darles? ¿Qué ponerles?. ¿Pero qué?

Las preguntas no tenían respuesta, ni el alivio daba esperanzas.

Finalmente apelaron a los rezos y los sahumerios; pero nada, nada.

Todo era inútil y quizás debido a su fatal ignorancia, los remedios que les daban, acentuaban más la fiebre que los consumía.

Un día se murió el menorcito, le siguió otro, y así fueron desfilando todos los chiquitos a la apacheta, envueltos en unos jergones con coronitas de papel blanco y crucecitas labradas en madera bruta.

Después de la muerte de sus hijos, les quedaba el consuelo de sus nietecitos: esos majitos rechonchos, vivarachos y travisios.

Pero ahora que se han muerto, ¿qué quedaba? Ya no les quedaba nada en la vida. Todo les resultaba innecesario: la buena cosecha, la abundante pesca, la pródiga parición del ganado, el consuelo de su perro, el maullar del gato, la alegría del verano y toda la maravilla lacustre que otrora constituían su encanto. Las frases consoladoras de su compañera, tampoco tenían ya esa paz saludable de otros días, ni sus oídos, esa sensibilidad aguda para escucharla.

No a mucho cayó la compañera de toda su vida; esa naturaleza desgastada había de resistir menor aún que la de los chiquillos.

Con ese golpe más el pobre viejo perdió el sentido y la conciencia de la vida; caminaba como un autómata y cuando dejaba de hacerlo se inmovilizaba como los monolitos. Enmudeció para siempre la comida, la sabía amarga, el agua del manantial se le ofrecía como hiel, el sol le resultaba quemante y la luna sin poesía y, aunque el lago en la brisa mañanera, le enviaba algún consuelo, él lo veía negro, negro como el hollín de su cocina.

Este viejo, perteneciente a la raza de bronce, después de una larga y conmovedora agonía dejó de existir; sus amigos, envuelto en unos pobres jergones lo sepultaron en una cumbre, dejándole como recuerdo una cruz de irus.

Hoy sólo el viento lamenta su muerte, y en las noches se lamenta más quejumbroso aún; tiene razón, porque en la cabaña que antes era un nido de amor y de consuelo, hoy no existe sino un montón de piedras, terrón y totora.

Mateo Jaika. (Puno, 1900 – Lima, 1977). Su nombre verdadero es Víctor Enríquez. “Perteneció al Grupo Orqopata y anduvo de la mano de todos los integrantes de este prestigioso grupo literario. Publicó el libro de cuentos "Kancharani", y muchos de sus relatos han sido traducidos a lenguas extranjeras. "Los pescadores del Titikaka", "Las Lechuzas", son cuentos dignos de una antología nacional, por su profundidad

y por el manejo del lenguaje. Sin ninguna duda, Mateo Jaika, junto con Emilio Romero son los narradores más dotados y talentosos de esta etapa. Toda su producción ha sido reimpressa en Lima, en 1969, con el título de "Relatos del Collao", con un esclarecedor prólogo del maestro de la crítica literaria en el Perú, don Estuardo Núñez” (Padilla, Feliciano; 2005: 242)

Obras: *Kancharani*

Emilio Armaza

Afirmación de mi padre

Hubo un día sin flores en tu sepulcro,
hubo un día en que en tus huesos se estremeció mi angustia
en que un agua salada me bañaba la garganta
y de un umbral de despedidas me tiraba la vida.

Y yo no sabía nada
sólo sabía que habías muerto,
que estabas muriéndote todos los días
en ese polvo mío
HECHO HUMANO CON TU VIDA
con todos los racimos de tu dolor
filtrando las auroras de tus alegrías
y lamiendo los senderos de tu cruz,

Sólo sabía que habías muerto,
que del cemento de tu sepulcro salía aún el tufo de tu agonía;
que mis pies te siguieron miedosos
para detenerse
allí donde tus pies cansados te llevaron infinito arriba.
Y tú venías a abrazarme como siempre.

CON TU CAUDAL SIN CAUCE DE TERNURA
sólo sabía que habías quedado conmigo,
que estabas animando otra vez esta carne en la lucha
desde el átomo de tu juventud perdurada,
desde cuando mi ser alentaba tu carne,

y para venir en esto

en esta niñez de coronas
en tu regazo de donde quisieras sacarte mi dolor,
en este asentarse del sol
sobre tu tumba madurando polvo,
y quizá también EN ESTE
súper descanso que tendrás
cuando te llegue como la dulce mansedumbre del sueño
el fluido caliente de poder recordarme.

Mentira;

no es que estás muriéndote todos los días, como he dicho,
es, más bien, que te levantas
milímetro a milímetro.

Tu abrazo me abraza todas las mañanas.

Has cambiado, sí

pero no es que solamente vuelvas en el recuerdo

ESTÁS HECHO CARNE,
formándote en el muelle de mi brazo,
haciéndote trabajar mi sembrío
y revolviendo auroras de mi vida con tu voz cantarina.

Estás ahí, a mi lado,
estás conmigo

que la muerte no ha podido llevarte
ni materialmente siquiera;
estás en esa carne pequeñita
que columpia en la vida
en el mismo trapecio de sus años mozos
y que duerme su noche al amparo de tu barba de abuelo.

Porque yo soy camino,
arco de incandescencia entre estas dos ternuras,
tú, padre, tú que me enseñaste
estás regando el huerto iluminado de esa vida.

Emilio Armaza. (Puno, 1902 – Lima, 1980). “Radicado en Lima se dedicó al periodismo. Trabajó en El Comercio de Lima donde fue jefe de la página editorial durante 30 años. Fue el único intelectual puneño que trabajó tanto tiempo y ejerciendo tan importante cargo en un periódico que se considera el mejor cuidado del Perú” (Padilla, Feliciano; 2005: 58).

“La poesía de Armaza no se aparta del tipo imaginista y pictórico de los indigenistas, pero en algunos poemas alcanza bastante sinceridad. La nota erótica se la ve más marcada que en sus contemporáneos y sus figuras son menos atrevidas, pero encierran sinceridad y belleza” (Cáceres Monroy, Juan Luis).

Obras:

- *Falo* (1926)

Román Saavedra

Estepa en llamas

Colmadas nuestras balsas de rebullentes suchis, humantos coletudos y diversas bogas, que se asfixiaban abriendo con avidez sus bocas anfibias y lacres, y mientras en los estertores de la agonía, se daban de coletazos unos a otros, nos dirigimos, como una bandada de patos salvajes, hacia el atracadero. Los fornidos y terreros qollanas –todos los hombres del ayllu de qollanas somos recios balseros– con nuestro jilakata Crucito Lión a la cabeza, no halaban nuestras saturas, pujando como cuando, en viento contrario, hace cruzir las lloqeñas y enfurecer las límpidas aguas de nuestro amado río Ramis. Al otro lado viven los malditos tomaqayas Zapanas, allá donde verdean los tarhuis y están ya desgranando las mazorcas moradas de las quinuas, allá donde el viento que sopla de Ácora sacude con furia las varillas del precioso fruto. Nosotros somos de esta banda; no tenemos sino hirsutas, moyas y arena. En la rinconada, es cierto, crecen qollis retorcidos y muy duros. Ahí están cerca de la estancia de don Prudencio Cuentas, los putucos de ch'ampas de mis tíos Cisco y Jancho Qari, y no muy lejos de ellos, vive mi padrino, el jilakata. En pequeños huertos crecen las espigadas ambarinas: menuditas y aromáticas; los chunquitos de finos pétalos de crema, los geranios llameantes y las qantutas largas y bermejas. Con esas flores silvestres, nuestras hermanas y otras imillas casaderas del ayllu se adornan las monteras floridas para las fiestas. Da gusto verlas así, y a solas, hacerles la sunqa. Pero, esto no tiene importancia. Aquí bajo mi balsa nueva y liviana se encrespa, por momentos, el agua color azul de anilina como bayeta recién batanada.

A la madrugada, antes de que el alba cayera del todo y cuando el frío se nos infiltraba como azogue en los huesos, con las bufandas subidas hasta los ojos y a la voz de

jorden! seca y tajante del alcalde de nuestro ayllu, formamos como lloqeñas viejas una carpa de tolderas amplias para el Tata-cura, que es muy comodón, y para los otros badulaques, sus allegados. De un brinco el sol triscó en las moyas y extendió su oro líquido sobre la superficie bruñida del agua. Ahora, el Tata está sentado a mujeriegas sobre un apero y pellón lanudo y; a sus pies calzados con botines deástico, se extienden los chusis floreados, con sus ojillos aguanosos de qarachi. Escrutaba nuestras balsas y calculaba cuánto de primicias recogería del prolífero ayllu de la otra ribera, cuando la parva de las quinuas sea majada con los cayados cosechadores. A hora está ahí obeso, jadeante, bebiendo –con su "mula" vieja miserable de cara amorcillada y su "sobrina" la pizpireta que hace encalabrinar al viejo gotoso del gobernador y a su niño, un barbilindo trabucador de indios mansos– espumosos vasos de chicha de quinua, que nuestras hermanas hicieron mascando para darle levadura.

–Apuren, apuren... ¡Ahí tienen una botella de alcohol y una estalla de coca, de lo mejorcito de Pelechuco, apuren...! –Nos gritaba el cholo Incayupanqui, que es firmado y teniente gobernador.

–Eres jodido –le retrucaba a la sordina Crucito–. Recién estamos llegando y ya quieres que regresemos. Habías de ser alcahuete y lambón.

Nos reíamos a todo trapo porque el cholo era un adulón sin remedio. El awicho Ticona nos repartía, cautelosamente, acullis y pedazos de llipta para echarle un

mordisco, mientras bajo nuestras balsas somormujaba el agua frizada a contrapelo por el viento. En las orillas, junto a las lajas rebrillantes, se arremolinan los layos de un verdor claro, se

pudden en los rebalses de aguas muertas con coloraciones de bronce verdoso y bordes violáceos y, en donde se agitan los renacuajos de piel negruzca y viscosa. Contra todo esto golpea y brama el agua, sin descanso, como un congosto.

Como primera faena llevamos, parsimoniosamente, nuestras canastas de chillihua con plateados y rebullentes suchis, al toldo del cura.

—¿Qué es esto? ¡Y tan poco desde enantes! El año pasado fue... — bostezó malhumorado el bendito personaje.

Y es cuando platicó nuestro viejo.

—Tata —le dijo con el sombrero entre las manos y la mirada recogida—. No es nuestra culpa. El río, nuestro padre y madre, el que nos cría a todos, el río Ramis está enojado. Tiene razón porque no le hemos hecho t'inkasqa. Aplacaremos su cólera: Dadnos, Tata, coca de la verde; dadnos una botella de alcohol. Algunos remontarán hasta el remolino y harán el k'intu para que retornen los suchis huidizos y entonces, nuestras balsas se colmarán y aún serán rotas nuestras redes por los hijos de la Mamaqoya.

—Tendrán todo lo que piden— rezongó con la faz arrebolada—; pero no me mangoneen con el pretexto del k'intu.

Y fue dura la jornada. Los lequeques volaban azorados hacia los páramos lejanos. El sol se volcaba sobre el mundo y las piedras aristadas de pátinas de cobre parecían aflorar de sus propias sombras como corolas monstruosas.

En una resaca hicimos el "pago". La diminuta fogata de bostas chisporroteaba vivazmente y las flámulas parecían crestas rutilantes. El k'intu de Wiraqoya, alcohol y coca ha humeado toda la tarde.

El regalo del Tata estaba pagado con creces. Los pequeños cestos de chillihua

rebozaban de suchis y bogas plateadas y húmedas, qarachis escamosos y regordetes.

Fueron las garridas mozas de mi ayllu las que guisaron sabrosamente los pescados frescos para el Tata y sus convidados. Unas traían las chúas humeantes y grasosas con el caldo de los suchis gordos; otras, servían las tuntas blanduzcas, albas y reventonas. Janita fue la última. Traía el queso tierno y albino. El Tata, el gobernador Camacho Deza, el faite cortejeador de la niña Hortensia, todos, hasta la arpía curial, la desnudaron con sus miradas lascivas los unos y, enfurruñadas y celosas, las otras. Ella era apenas una linda wallatita, que triscaba en las moyas a medio quemar, tras la majada de sus ovejas o juntaba gozosa sus labios con el belfo tibio y sedoso de la "chitaca" predilecta. Ella corrió cohibida y fue a ocultar su pudor de imilla codiciada. Reparé que al Tata rijoso le susurraba taimadamente el gobernador.

—Señor doctor —le dijo aquél—, usted está ya de vuelta, mientras que yo recién...

—Es que, amigo, yo también soy pescador...pero de almas —guiño cazarro.

Cuando el sol se hundió tras los cerros granates que se apeñuzcan al Oriente, nuestro ayllu es acongojador; el río hondo y plúmbeo tiene estertores de pesadilla. Gasta el atracadero, que se abre en rampa; parece un bostezo de la pesadumbre acuática.

Los alqamaris con tardo vuelo aterrizaban hambrientos y grotescos. La cabalgata de los mistis se perdió, polvorienta y vibrante, detrás de unos médanos de paja rala. Sentí un odio terrible por estos otros alqamaris que iban tramando contra Janita alguna felonía. Pero, también tuve repugnancia de mí mismo; me odié y eché en mi cara mi condición servil y cobarde. Reventó en mi paladar un sabor agrio y envenenador como el

fruto de la taqachila. Blasfemé contra mis padres, que nunca alzaron sus puños crispados contra sus explotadores y, más bien, ahinojados recibieron zurriagazos y golpes y; el cura mismo, en vez del asperjeo del agua bendita, les mandó echar con orinales porque pidieron un poco de tierra en el cementerio para la sepultura de mi abuelo. Escupí con rabia contra esta tierra yerma y el horizonte lontano en cuyas lindes se alzan, como pechos tetones, las montañas azules, guarida de hombres brunos y tal vez felices. Mi odio les ha ido mordiendo los talones como un perro hambriento; se agazapará en un rincón cualquiera para estrangularles a dentelladas feroces. Así pensé aquella tarde lejana; así nació un clamor bronco en mi sangre y desgarró con terquedad de rebeldía vital mis vísceras de indio siempre humilde y servicial para con los condenados mistis.

Janita, la linda wallatita de mi ayllu, aquélla para quien recogí los más dulces

sankayos y le di todo mi cariño veinteañero junto con los pichones de las choqas y el cestillo de mimbres con los apetitosos pasanqallas; aquélla por la que se derramó, como un río de música y ensueño, por las abras y los riscos, la voz melodiosa de mi pinkillo, fue llevada como "camani" donde el cura, y no a vuelto más al ayllu. Ha olvidado la almilla de bayeta color ayrampo y el rebozo de cordellate por algún trapo costoso que merca con sus caricias de barragana.

Me han llovido después muchas injurias y mis espaldas sufridas conocen los chicotazos del rabioso gobernador y la apaleadura de los sayones del gamonal Bragazas, porque no dije quién fue el que incendió la finca Kamqata.

Los días se queman como manojos de t'olas secas. Y el cuerpo se consume queriendo darle un poco de calor a los surcos resecos y remojar las pequeñas semillas, tan desnudas como nosotros, con el sudor y las lágrimas salinas de nuestra brega miserable. Vienen las heladas con sus anchas patas de cristal y de silencio a aplastar los brotes anhelosos de vida, los gérmenes que rompen la parénquima. Viento, heladas, hambre... siempre hambre. ¡Y en las fiestas de San Taraco algún ajo....! Viril contra el destino, contra los hombres sumisos. Miserable desquite que rebota contra el rollo de la plaza y las casas de calamina. Luego, la vida jadeante y pisoteada, filtrándose por todos los rincones, rezumando hasta de las piedras.

II

La estepa en llamas

Una mañana fresca de Chullunkus y de trinos se perfiló la recia silueta de Sotelo Jallasi en la puerta de mi putuko. Me traía la gran noticia: mi corazón se abrió de par en par y por él entró una frescura de alba que me remojó de rebeldía y coraje el cuerpo y el espíritu, de una sola vez y para siempre.

Hemos vencido en Huanané –explicaba serenamente Jallasi–. En total somos 70 mil indios de todos los ayllus. En Samán hemos incendiado los trojes de la hacienda Esperanza después de coger todo lo que necesitábamos. El gamonal Dueñas y su machona han fugado a Juliaca. El cura y algunos paniaguados de Dueñas nos han fogueado desde la torre de la iglesia; por eso hemos metido fuego, todavía está humeando. Llegaremos a tomar a sangre y fuego este nido de explotadores. ¿Qué te parece? ¿Que piensas hacer?

–¿Quién los guía, quién es el jefe? –le grité casi con sofoco.

—Es Rumi Maki, nuestro hermano. Es como nosotros indio.

—¡Rumi Maki, Rumi Maki...! La mano de piedra, la mano justiciera, la que cundirá como una galga a todos los gamonales, pensé con venganza fila como una cuchilla. Me alisté sin titubeos en las fuerzas del Gran Inka.

La venganza recién me sabía dulce; tantos años de humillación debía de reventar de algún modo y he aquí que ha estallado en oleadas de sangre y de fuego.

Entrábamos a saco en las haciendas, requisábamos ganado para el rancho de las tropas indígenas; en caso de resistencia, quemábamos caseríos y capillas, guindábamos a los pobres diablos mistis, lambones de los gamonales que no pudieron ganar camino a Juliaca. Todo el Collao tembló de coraje y rabia. Sólo los gamonales se cagaban de miedo. Con el rifle cordial entre mis manos me sentí hombre de veras: macho, fuerte y vengador. La corneta de los milicianos indios hizo galopar mi sangre con furor marcial, y fue un clamor de mi raza, el bronco sonido del pututo desgalgado desde los cerros riscosos.

A la madrugada de un jueves, Samán quedó en escombros humeantes. Otro día caían Taraco y Chupa; fueron capturadas las majadas de ovejas, y las tropas de burros que una pandilla de ladronzuelos del pueblo habían arreado de todos los ayllus aprovechando de que los indios estaban alzados. El Tata Cura, mi rival, y el gobernador han desaparecido. Se los tragó la tierra.

III

La ruta de los huesos.

En Ayabaca están todavía blanqueando la pampa, los huesos de los que fueron copados.

Regimientos de soldados se echaron sobre el Kollao para terminar con los indios revoltosos. Las ametralladoras tabletearon días enteros barriendo como a briznas a los que bajaron de las alturas para enfrentarse, heroicamente, contra sus hermanos y parientes armados de fusiles y previamente envenenados de odio y de alcohol contra nosotros. Nos aplastaron sin misericordia, a hierro y fuego. La pampa se encharcó de sangre. La venganza fue bestial y tremenda. A las madres les cortaron las tetas, a los prisioneros les arrancaron la lengua porque supieron alentar a sus camaradas; los niños, llokallitos hambrientos y pavoridos, fueron castrados y las chukllas eran montones de cenizas que esparcía el viento como un mensaje de muerte y desolación sobre el yermo infinito. Gleba arrasada y ensangrentada. De todas partes manaba sangre, corroía la gangrena de los mutilados ululantes. Miseria jadeante, hambre que tritura las entrañas. Gritos de dolor que se arrastran entre las piedras filudas y los espinos hasta caer desfallecidos. Alguno que ha zafado del círculo de la muerte, vaga como una sombra entre los riscos y las apachetas haciendo vida de alimaña, mientras patrullas de gamonales asesinos galopan por la ruta de los huesos husmeando carne fresca de indio.

Éste fue el saldo de nuestra justicia armada y es también la primera enseñanza revolucionaria. Para la próxima, que viene a rastras, ya sabemos cómo se debe pelear y con quiénes debemos estar codo a codo. ¡Aplastaremos a todos los gamonales y con la cal de sus huesos amarillentos y carcomidos construiremos hogares limpios y alegres!

IV Mandato

Esta llovizna de abril me esponja el alma. Siento que todo el Kollao está con los oídos alertas, venteando todos los ruidos que traen mensajes de esperanza y libertad. Está listo para el galope como el Sunicho trotón del qarabotas. Espera con ansia la voz de orden.

¡Otra vez se han levantado los indios! ¡Arriba todos los ayllus! Ahora no vamos solos. Los trabajadores de las fábricas están en huelga. Se arman. Y los soldados desertados de sus cuarteles, con fusiles y ametralladoras, van a sus ayllus a formar guerrillas de indios. Arriba los luchadores del Perú nuevo, del Perú sin explotados. ¡Arriba los indios! Y este mandato vendrá como viene el sol a tostarnos el cuerpo magro, y como está llegando este aguacero tableteante y el olor pugnaz de esta tierra húmeda, después del hedor que nos asfixiaba: hedor a chamusquina, a sangre podrida de matanza, al tufo de los alqamaris hartos de carroña. Sólo estas palabras malditas me están quemando la lengua: Los gamonales son fuertes. Son fuertes porque nuestros hermanos disfrazados de soldados nos asesinan. Por eso los gamonales todavía nos escupen su rabia en plena cara, nos queman con su odio cavernario. Mientras que nosotros ávidamente miramos el cielo siempre fosco, las nubes, el sol. O atisbamos una hilacha de luz desde las rejas de las mazmorras con los bofes molidos, o contemplamos el zanjón de la vera del camino que está lleno de huesos pulverulentos; o mirando los wachos de matas raquíticas de papas pensamos, acongojados, en las garras del hambre que nos ha de despedazar. Así y todo, nuestros corazones son puños erguidos hacia el destino y ¡nuestro destino es triunfar!

Post data

Los papelones de las ciudades, con motivo de nuestra insurrección fracasada, volcaron toda la bacínica de mentiras y calumnias masticadas y para no averiar la digestión de sus lectores colocaron, en letras de molde, esta lápida de siglos: "Puno 1914". En todos los ayllus del Departamento reina absoluta tranquilidad. Los temores de nuevos levantamientos han quedado descartados para siempre. Todos los cabecillas y agitadores, pagados por los enemigos de la Patria, serán sometidos a un juicio sumario y castigados como subvertores del orden social y de la estabilidad del gobierno. Los vecinos notables han acordado premiar pecuniariamente a los valientes defensores de la propiedad sacrosanta y del orden establecido, amenazado por la actitud criminal de las hordas de indios antropófagos e incendiarios.

De un momento a otro se retirarán las guarniciones de los distritos de Huancané – El corresponsal de "El Comercio", Lima—... Rumiando estas cacas se duermen plácidamente los gamonales. Pero no saben que despertarán con la soga al cuello. Ahí es cuando quisiera ver las caras de estos hijos de pu...na.

Román Saavedra. (Puno, 1902 – Cusco, 1978). Para firmar sus escritos utilizaba el seudónimo de Eustaquio Kallata. En Cusco “desempeñó el papel de crítico literario y como tal fue exigente, muchas veces lapidario, inmisericorde, desleal, Fue sepulturero de poetas y narradores jóvenes cusqueños. Más tarde, aquellos jóvenes cusqueños – ahora distinguidos intelectuales–, en una actitud parecida a la de Eustaquio Kallata, en sus trabajos de historia de la literatura cusqueña y artículos varios, no han reconocido ni pizca de autoridad a sus comentarios, ni mucho menos, valoran su labor de corifeo en las letras cusqueñas de su tiempo” (Padilla, Feliciano; 2005: 232).

Emilio Vásquez

Amanecer aymara

El sol pisotea la peste de la comarca
Algodones de nubes yodados de aurora
Pulverizadores de la mañana
 para las llagas i los pecados
 i los riachuelos de Ankasaya
En el agua limpia de las estrellas
se bañarán los cuerpos enfermos
Un danzar hediondo de hombres i mujeres
perfumará la orquestación de las zamponías
Hasta el aprisco de las alpakas
viajarán las miradas vírgenes
c e n t i n e l a s d e l A n d e .

Emilio Vásquez. Nacido en 1903 y muerto en Lima en 1986. “... es un poeta indigenista de calidad extraordinaria. Las imágenes de su poesía y todo el lenguaje tropológico utilizado en sus poemas son de calidad” (Padilla, Feliciano; 2005: 73).

Debemos resaltar que fue un insigne maestro en el campo pedagógico.

Obras:

- Altipampa (1933)
- Tawantinsuyo (1934)
- Kollasuyo (1944)
- Altiplanía (1966)
- Poemario Titikaka (1984)

Carlos Oquendo de Amat

a l d e a n i t a

Aldeanita de seda
ataré mi corazón
como una cinta a tus trenzas

Porque en una mañanita de cartón

(a este bueno aventurero de emociones)

Le diste el vaso de agua de tu cuerpo
y los dos reales de tus ojos nuevos

m a d r e

Tu nombre viene lento como las músicas humildes
y de tus manos vuelan palomas blancas

Mi recuerdo te viste siempre de blanco
como un recreo de niños que los hombres miran desde aquí distante

Un cielo muere en tus brazos y otro nace en tu ternura

A tu lado el cariño se abre como una flor cuando pienso

Entre ti y el horizonte
mi palabra está primitiva como la lluvia o como los himnos

Porque ante ti callan las rosas y la canción

p o e m a

Para ti
tengo impresa una sonrisa en papel japonés

Mírame
que haces crecer la yerba de los prados

Mujer
mapa de música claro de río fiesta de fruta

En tu ventana
cuelgan enredaderas de los volantes de los automóviles
y los expendedores disminuyen el precio de sus mercancías

d é j a m e q u e b e s e t u v o z

Tu voz

QUE CANTA EN TODAS LAS RAMAS DE LA MAÑANA

p o e m a d e l m a n i c o m i o

tuve miedo
y me regresé de la locura

tuve miedo de ser

una rueda

un color

un paso

PORQUE MIS OJOS ERAN NIÑOS

Y mi corazón
un botón
más
de
mi camisa de fuerza

Pero hoy que mis ojos visten pantalones largos
veo a la calle que está mendiga de pasos

Carlos Oquendo de Amat. Es el poeta más grande que tiene Puno y uno de los más admirados y estudiados de Latinoamérica. Nació en Puno en 1905 y murió en Navacerrada (España) en 1936. Ha escrito un solo libro: *5 metros de poemas*.

“No existe duda que *5 metros de poemas* es el libro más renovador y hermoso, y tal vez el más vanguardista de la poesía hispanoamericana contemporánea. Mi primera impresión al referirme aquí, es precisamente sobre este libro que se inscribe como objeto de tocar y, aspira como Carlos Oquendo de Amat lo concibió, a ser un acordeón despegable de páginas, y supone también el deseo de ser un film cinematográfico de origen poético. Su modernidad nos puso al recorrido de una nueva corriente precursora,

de los que se conoce como *poesía visual*, que se da con mucha claridad en la poesía peruana de la Generación del 70. Pero en plena década de los años 20, precisamente entre 1923 y 1927, nuestro poeta elaboró una escritura de estirpe aleatoria, que se asemeja a la antigua ideografía china, y posteriormente, al caligrama francés. Creemos que los poemas de Oquendo claro está; unía, distanciaba, dispersaba versos entre vertical y horizontal, aquellos que le eran de su agrado o confección y, dentro de esa búsqueda paraóptica de la palabra. Muchos de los textos de los *5 metros de poemas*, pesan por el sabor surrealista de primera instancia, sin ceñirse a sus fines automáticos. Con esa pureza y ese candor, percibimos en él, a un poeta puro, limpio, impecable que

se regocija con la palabra; aquella que hace del hacedor una alianza entre la exploración del la imagen poética. (...) Quizá con esos textos, nuestro poeta, habría de imaginar la presencia del cine poético. Caso raro en la poesía peruana de nuestro siglo, tanto que por entonces, le era peculiar el haber soñado a tiempo completo” (Toro Montalvo, César; 1998: 264).

Efraín Miranda

E E

¡No me grites de calle a plaza: cholo;
grítame de selva a cordillera,
de mar a sierra,
de Tahuantinsuyo a República: INDIO!

¡Lo soi!

¡A puntapiés, insultos y balas: lo soi!
¡Explotado, robado, asesinado: lo soi!
¡Con mi esqueleto, mi ecología y mi historia: lo soi!

En iglesias, coliseos, municipalidades
me gritan: ¡indio!
Los descendientes de galeotes, criminales, indultados
aventureros hispanos me gritan: ¡indio!
Todos los descendientes de Adán y Eva me gritan: ¡indio!

¡Soi indio!

Tengo el color mismo de mi Madretierra,
raíces en misma Madretierra,
nací en mí y de mi Madretierra,
nací de y en sus elementos energéticos,
de su cenética activa y germinal;
soi indio: una de las variedades formas de su creación

¡Soi indio!

Y, para los genealogistas, regalo en mi choza
lustrosos pergaminos de animales pur sang,
con el árbol verde virgen, a partir de un tronco nobiliario,
o, si lo desean, desde un origen cavernario
o, si lo estiman, desde una cuna extraterrestre
o, si lo creen, desde una concepción antinatural

Efraín Miranda. (Putina-Puno, 1925). Es uno de los poetas más destacados de la literatura contemporánea puneña.

“El papel fundamental del poeta Miranda fue retomar las raíces andinas. Si la literatura occidental se encargó de desmitificar el mundo andino, que a la postre condujo a la pérdida de nuestra identidad (hubo pues, una desestructuración del mundo andino), Miranda se encargó de reordenar el pensamiento andino” (Flórez-Áybar, Jorge; 2006: 28).

Obras:

-Muerte Cercana (1954)

-Choza (1978)

-Vida (1980)

-Padre Sol (1998)

José Paniagua Núñez

Bohemiada

UNAS VECES

La calle sombría como el rostro de un muerto,
Las pupilas como bujías desvanecidas,
La cruz imprescindible de cuatro calles,
Y la tumba enlutada de la noche.

El viento, una oración muy triste,
Mis pasos latidos del silencio,
Mí sombra sin sombra, una esperanza,
Los árboles enigmáticos, centinelas callados.

El frío travieso buscando mis pulmones,
Mis ojos trajinando las sombras,
Los cerros lejanos repicando misterios, Y
mi vida atisbando un verso nocturno.

Otras veces,
La música danzando con mis tímpanos,
La mesa cansada de mis codos,
El espacio aburrido con mis palabras,
Las paredes arrojando mis miradas.
Los cigarrillos mordiendo mi garganta,
Las copas suspirando recuerdos,
Mis manos estrangulando la vida,
Mis penas mojadadas de licor.

El café respirando el fondo de las cosas,
Los amigos recordando alguna amada,
Los labios humedecidos de consuelo,
Y el espíritu tranquilo en su festín.

Siempre,
Cuatro paredes aburridas con mi presencia,
La ventanilla que me alcanza un pedazo de cielo,
Una mesa bordada con mis poemas,
Una silleta crujiendo su fatiga.

Una cama con la rima de mis sueños,
Una mesa de noche preguntando del día,
Un cenicero con la escoria del ayer,
Un reloj imperativo que me bota a la calle.

Mis libros, camaradas del Universo,
Mis papeles arrugados de dulces fantasías,
Mis periódicos enjugando los hechos,
Y mi vida tambaleando en la nada de la vida.

José Paniagua Núñez. En el mundo literario se le conoce con el nombre de Jósperi. Nació en Puno en 1929 e integró la Sociedad Intelectual Chaski.

“En el poemario *Presencia en la lejanía* y; sobre todo, en *Bohemiada*, Jósperi muestra sus excelencias de poeta modernista a través de verso cargados de metáforas bien elaboradas que las que recrea de su ambiente personal, del entorno que le es familiar y cotidiano como son los cigarrillos, la mesa de noche, la ventana, la biblioteca, la cama, la silla, el recuerdo de una bohemiada con vino y grata conversación” (Padilla, Feliciano; 2005:105).

Obras:

- Presencia de lejanía (1962)
- Fantasía del silencio: Tránsito del amor (1996)

Vicente Achata Vargas

El trompo

Vivía en una casona solariega de este querido Puno de antaño, donde nací, crecí y me formé. Tenía un patio enorme adornado con eucaliptos, con flores de geranios, claveles, rosas, bocaisapos, girasoles. En un extremo del patio había un manzano y ciruelo, cuyos frutos eran pocos, pero sazonados y; en el otro extremo, un kollí que nos prodigaba su sombra plácida.

Mi padre tenía en una habitación grande su taller de zapatería, y su hermano llamado Domingo, tenía un torno enorme de madera de color azul con el que construía muebles de estilo antiguo, con altorrelieves tallados en el mismo torno.

Un día que no recuerdo cuándo fue, pero que me proporcionó la mayor alegría de mi vida, me dijo mi tío: ¿Quieres un trompo o un bolero? Sin pensar dos veces, le respondí, los dos. Bueno, vamos a hacerlos, fue su respuesta compasiva. Haber sobrino al torno; agarras la manivela y haces dar vueltas.

Mientras alborozado agarraba el manubrio del enorme torno, que me pareció en ese instante, un gigante, como al Quijote las aletas del molino de viento contra las que se estrelló creyéndolos gigantes con quienes combatir, así mismo, esperaba yo la hora de batallar. Mi personaje inolvidable se parapetó en el otro extremo de la habitación y colocó un pequeño tronco en forma de lloque al borde de una pieza de fierro pequeño que formaba parte del torno y al cual estaba conectado mediante un lazo largo que hacía impulsar el torno.

Dio la voz de mando: ¡Mueve el manubrio! Me costó un gran esfuerzo que no lo sentí en ese momento por la emoción que me embargaba de hacer un trompo. Y, ¡suaz!, el torno se puso en movimiento de rotación como el molino de viento, pero sentía el chirriar del contacto de un pincel con la madera. Era que estaba tallándolo y dándole forma simétrica. Seguía moviendo la manivela y seguía el grandioso torno dando vueltas y vueltas; y ese chirrido era ya agudo, fino, casi imperceptible. A los pocos minutos, a la orden de basta ¡Qué alegría! ¡Qué gozo! Me mostró en la palma de su mano, mi tío lindo, un hermoso trompo bien torneado.

Sólo faltaba ponerle la púa. Agarró un tornillo y lo colocó en la parte inferior del juguete que es delgado, a diferencia de la parte superior o cabeza que es ancha. Con dos golpes de martillo zafó y afiló el tornillo clavado cabeza abajo del trompo. Sólo faltaba un cordel con qué hacer bailar. Se hizo el cordel bien torcelado. Con él envolvió el cuerpo del trompo comenzando de la base hasta cubrir parte de la cabeza y; con un tiro de la mano derecha, el trompo salió de su envoltura como un bólido y al caer al suelo bailó estrepitosamente para luego clavarse en un solo punto, donde seguía su baile rítmico hasta dormirse, arrullarse en ese vertiginoso movimiento de rotación sobre su mismo eje, produciendo un ruido, o más bien, un sonido casi musical como el zumbido del moscardón, ante lo absorto de mi ser, al espectar este bellísimo juguete de mis recuerdos.

Hoy no existen el taller de zapatería ni el torno; ni mi padre ni mi tío Domingo. Sólo queda el recuerdo de aquellos mis días juveniles, alegres al lado de estos dos seres queridos.

Vicente Achata Vargas. Nació en Puno en 1918 y murió en Arequipa en el 2005. Sus 28 cuentos han sido reunidos en un solo libro, *El anticristo y otros cuentos*.

“... no es un escritor formado en academias o talleres de narración. Es un escritor intuitivo, carente de técnicas modernas. En cierto modo, cada personaje que hace desfilar es parte de su alter ego y ese sustrato de hechos que discurre a la vera de su propia ficción no es sino su vida cotidiana” (Flórez-Áybar; 2006: 213).

Zelideth Chávez

La Merciquita

El torrente de sangre le está anegando la garganta, la boca, la nariz. Doblada sobre sí misma agita los pequeños brazos y alcanza a gritar ¡mamita!, antes que su cuerpo caiga sobre la mancha rojiza que la tierra seca empieza a succionar con avidez.

Hemos llegado corriendo y nos detenemos de golpe, ahogados por nuestros jadeos. La escena nos congela, nos suspende en el aire. Nadie atina a decir ni hacer algo, sólo se escuchan los aullidos lastimeros del Firpo y el Churchill dando vueltas alrededor nuestro.

Mi hermano y yo nos apretamos uno al lado del otro, como si no hubiera espacio en el desolado patio. Nos tapamos toda la cara con las chalinas, nunca sabríamos si era por el frío de la noche o por miedo al contagio de la muerte...

Siempre la imaginé viniendo acurrucada en una de aquellas balsas que surcan el lago con suavidad de gaviota. Sus escualidos diez años aparentando seis: piel y huesos huérfanos. Aspecto y olor a huérfana, con esos reflejos de miedo en sus ojos y esa tos seca que nunca la abandonaba.

Muchas veces me repitió la misma historia, en su media lengua de aimara-castellano: que la habían sacado de su choza allá en medio del lago, en las islas flotantes, con la luna ocultándose frente a ella y el sol empezando a calentar sus espaldas. Que apurada se había puesto la camisita de bayeta, el faldellín, y el chumpi de colores tejido por su madre, las ojotas de llanta que no la iban a proteger cuando sus pies se hundieran en el piso fangoso de la isla que, dejaba atrás, con su veintena de casas de totora, avenidas de totora, sus sembríos sobre las balsas de totora.

Que mirando la balsita que abandonaba, se preguntó si adonde marchaba tendría una así, para ella sola, sobre la cual había disfrutado tanto de esa sensación de caída: a un lado, al otro, a un lado, al otro, cuando iba en medio del lago para cumplir mandados.

En mis noches de insomnio la he visto ponerse de pie sobre aquella misma balsa donde vino, en el instante en que una brisa ligera disipaba sus temores al comprobar que ya estaban llegando al puerto, aunque era muy tierna para darse cuenta que también asomaba muy cerca a su destino. En esos momentos tal vez no percibía el centelleo plateado que tiritaba sobre las aguas verde-azulinas, ni la quietud de esa mañana colmada de sol, de ese sol que iba abriendo brecha en medio del horizonte azul cerrado del lago-cielo, porque el brillo de sus ojos al hablar sólo transmitía la inquietud de esas horas, ante el descubrimiento de la multitud de casas ajenas que iban distinguiéndose cada vez más cerca.

Ella no sabía entonces que estaba llegando a la ciudad de Puno. También recordaba al hombre grande que la trajo, su tío, quien no le tomó la mano para aprearla ni le dio ninguna recomendación, le hizo apenas una seña con la cabeza y se adelantó. Ella frunció

la boquita trompuda, se agachó y lo siguió callada. Todavía un gesto de incredulidad le crispaba la cara al recordar la sensación al pisar esa tierra dura, seca, firme, que contrastaba tanto con el suelo siempre tambaleante y húmedo de su isla.

Cuando dejaron el muelle e ingresaron a la población, las pisadas del tío sobre las losetas arabescas retumbaron dentro de ella ("aquicito me hacia pum, pumpum, ñíta"). Le costaba seguir el ritmo del hombre grande, se agitaba hasta la asfixia, más allá de lo normal. Recordaba que así recorrieron plazas, calles, ventanas,

escaparates, tiendas, kioscos, todo lleno de gente rara, de caras extrañas. Esta población de techos a media agua y portones grandes de madera, con sus manitas de fierro colgadas, listas para llamar, calles estrechas y empedradas, eran una inmensidad para sus escasos años. Tan ensimismada se había quedado, que olvidó el cosquilleo en el estómago y aquel sudor por la espalda que habían persistido desde la madrugada.

Pronto salieron a las afueras donde se perdían veredas, empedrado, escaparates, luz eléctrica, hasta llegar a lo que se vislumbró como una casa amurallada, enorme, al parecer deshabitada. Había que cruzar un cebadal antes de llegar a la reja de fierro. Se pararon al pie de la mole y mientras el tío buscaba una piedra para tocar, nuestros perros ladrando con desesperación nos alertaron sobre su presencia. Momentos después salíamos: mi madre, mi hermano y yo. Mi madre se le antojó como una señora enorme, anciana, aunque era de mediana edad y baja, blanca, de piel casi transparente, cabello castaño recogido. La impresionaron mucho los aretes y el diente de oro, el abrigo de casimir y los tacones: ("cuando la señora grande me miró yo quería escaparme ñiíta, esconderme"), después se fijó en nosotros: ("tu hermano, flaquito, flaquito, igualito a los ispis que saco del lago, y tú parecías su ángel de la Virgen, colorada, gordita, con tu cabello color totora seca"). Los tres teníamos la misma edad.

El tío escupió a un lado de la coca que estaba picchando, sacó las manos debajo del poncho y quitándose el sombrero se acercó a mi madre, la saludó reverente, nombrándola de patrona y, señora grande, e iniciaron el trato. La Merciquita trataba de seguir el diálogo, pero se notaba que se perdía en el intento, tal vez quería seguir observándonos o porque los mayores estaban hablando en un idioma que ella no había escuchado nunca.

Aunque no era necesario que entendiera, sabía que estaban hablando de ella. Cómo no sentir esas miradas a veces francas, a veces disimuladas.

Los grandes siguieron conversando con la reja cerrada. Cuando pareció que habían llegado a un acuerdo, mi madre sacó unos billetes del bolsillo y se los alcanzó lentamente, como dudando. El tío, en cuanto tuvo el dinero lo escondió rápido debajo del poncho (es lo que me pareció) y, luego, percatándose recién de la presencia de la Merciquita le dijo en aimara: "Te vas a quedar, aquí vas a tener comida todos los días, tienes que hacer caso a esta señora, ella va a ser buena contigo" y la empujó al interior. Nosotros nos hicimos a un lado, como dándole paso o tal vez para evitar que nos roce. Ambos estábamos agazapados detrás de las faldas de mi madre mientras la cholita avanzaba muda, mirando siempre al suelo, demasiado asustada para llorar.

Con los ojos achinados, febriles, y esa mirada de asombro que nunca la abandonó, recorrió los tres patios en la casa solariega de niveles superpuestos, de habitaciones sin disposición alguna, el jardín, la huerta, el canchón. Desde ese instante, en complicidad con los altos muros de la casa, la rodeó un silencio extraño. Cuando los demás hablaban no entendía, no le era posible conversar con los demás.

Mi madre la llevó a uno de esos cuartos enormes, tristes, llenos de cosas en desuso, que teníamos abandonados. Le ordenó con señas que desocupara un espacio, mientras ella jalaba mantas y frazadas viejas que acomodaba en un rincón. Sacudiendo las manos empolvadas y con un gesto de asco nos dijo:

"Hay que darle un buen baño, raparla, quemar su ropa, está llenecita de piojos". Aunque Merciquita no entendió las palabras, fue el tono amenazador lo que la hizo sentir muchos temores, no en la cabeza, sino en el corazón.

Cuando terminó de vestirse con la ropa ajena que mi madre había descosido y cosido apresurada para ella, sin permitir que se moviera de su lado o por lo menos abrigara su desnudez, nos señaló y le dijo gesticulando e invitándola a repetir: "ni-ño Fer-nan-do, ni-

ña A-le jan-dra". La Merciquita, forzando la posición de su lengua, al tercer intento explotó con dificultad: "ñii-too", "ñii-taa". Después le señaló su rincón en el comedor, los sitios a los que no debía entrar, las cosas que le estaba prohibido tocar.

Al día siguiente se levantó temprano, como era su costumbre, y aprovechando que aún nadie estaba afuera corrió al mirador del jardín. Se empinó ansiosa buscando el lago del que apenas le llegaba el aroma; se esforzó más, segura de distinguir su isla flotante, pero el sol, como una enorme bola de fuego le dio en pleno rostro obligándola a cerrar los ojos. Entonces escuchó que la llamaban. Corrió hacia la voz, salpicando chispitas doradas por el camino y sin poder desprenderse de ellas llegó hasta donde "la señora grande" (como había empezado a llamar a mi madre), y la siguió así por toda la casa, tratando de entender por el tono de voz, por el movimiento de las manos, por los gestos, las que serían sus obligaciones. Pero lo que resultaba más claro por la forma en que se agitaba ese índice frente a sus narices, era la advertencia de que si algo se perdía, o algún plato de porcelana terminaba hecho añicos en el piso o se derramaba esa leche de espesa nata (que era nuestra delicia) habría castigo.

Muy pronto nosotros, el Firpo y el Churchil, nos hicimos sus amigos. Mi hermano y yo, por la gracia que nos hacía esa cholita que hablaba sólo aimara, caminaba jadeando y se negaba a correr; los perros, por las sobras de la mesa grande que ella les daba antes de irse a dormir.

En esas primeras noches en casa, caminando detrás mío después de una tormenta - enumerando los sapos que yo pisaba - en nuestros paseos a la luz de la luna de junio me contaba en su enredo de castellano-aimara, que en la inmensidad de esa habitación, rodeada de viejos cachivaches que su soñolienta fantasía transformaba en sapos gigantescos; en peligrosos laik'as, que con sus brujerías podían dejarla tullida; en pichitancas de malagüero, como el que cantó en el techo el día de su nacimiento. Pero descubría con sorpresa que a esos kukuchis ya no les temía tanto, al fin, eran sus conocidos. En cambio, los que aparecían en medio de la niebla azulina del cuarto, esos eran nuevos, extraños, borrosos, y no sabía cómo protegerse de ellos.

Como una de tantas, la noche de la desgracia a la hora de costumbre había concluido la comida. Toda la familia reunida formaba una curiosa estampa: mesa larga, mantel de cuadros blanco-azules, cubiertos de alpaca, platos vacíos, tazas sucias y seis pares de ojos pendientes de las manos anchas del abuelo, quien repetía las mismas historias de misterio para asombrarnos cada noche. Nos estaba hablando de aparecidos y desaparecidos, de la muerte siempre vestida de mujer, de tapados y sus maneras fantasmales de anunciarse. Nadie percibió los pasos cansados de la Merciquita saliendo de su rincón para llevar comida a los perros.

De pronto, en medio de las risas, nos suspendió en el aire un grito infantil, ahogado, clamando ayuda. Se intensificó el frío, las llamas de las velas parpadearon, un largo estremecimiento se extendió por los tres niveles, los cuartos, el jardín, los patios, la huerta, el canchón. Un escalofrío nos zigzagueó de pies a cabeza. Todos corrimos hacia el grito...

Aún hoy, después de tantos años, la veo, la escucho con toda nitidez... Alcanzó a gritar una vez más: "mamital" antes de caer en su propio charco. El abrigo rojo descolorido que la cubría hasta los talones iba absorbiendo el color de la sangre, sangre que salía a borbotones de su boca, o de cualquier otro sitio, hasta convertirse en una sola masa, amorfa, granate, que se coagulaba aceleradamente con la helada de la noche invernal. Poco

a poco, sin apenas darnos cuenta, la masa se estaba encogiendo, la tierra se la tragaba... Una corriente tenebrosa nos estremeció y la masa desapareció por completo.

Esa escena de muerte en la fría oscuridad del altiplano, ha quedado desde entonces bajo los párpados y hoy he vuelto sobre mis pisadas de niña para cerciorarme, para comprobar si fue verdad aquel espanto o solamente es el último vestigio de una pesadilla infantil. De esa infancia misteriosa, siempre cubierta por un manto encantado: el lago, las islas, el cielo, la huerta, el canchón, el abuelo, sus historias, la señora grande. Estoy tratando de reconocer el sitio en que desapareció, en lo que todavía se mantiene en pie de la casa grande de los abuelos, pero ha sido tan retaceada para el remate que ni ellos la reconocerían.

Ya está anocheciendo. El canto irritante de un malagüero pichitanca me sacude de raíz. Un frío lejano, muy lejano, como el que nos estremeció esa noche vuelve a calarme los huesos. Lágrimas silenciosas bajan por los surcos de mi avejentado rostro.

Zelideth Chávez. Es antropóloga y escritora puneña. “Si alguien pregunta sobre la existencia o no de una literatura femenina tiene que leer los cuentos de Zelideth. Al terminar será imposible que lo niegue. Su mirada de mujer transciende en cada párrafo, en cada historia con ritmo e intensidad. Es imposible sustraerse a la ternura, la picardía y la gracia femenina de su narrativa. Pero además, es una mirada andina: tímida, irónica, dulce, profunda. Lo mejor de esta literatura y la serrana se hacen una y no temen mostrarse” (Gorriti, Carmen; en *Antología comentada de la literatura puneña*, de Feliciano Padilla).

Obras:

- Mujeres de pies descalzos (1996)
- El día que me quieran (1999)
- ¿Por qué lloras, Candelaria? (2003)

José Luis Ayala

Ventana de mi casa

Mi casa era pequeña, humilde
y provinciana.

Tenía un patio, un ciprés, un portón
y una ventana por donde
miraba eucaliptos, cerros y la puna

Mi abuelo solía cantar a solas
para olvidar su edad
y mi madre, Leonorcita, lavaba el firmamento
para que fulguraran mis cometas.

No recuerdo las voces que me extravié
entre cactus y caminos
buscando la niñez que perdí.

Hoy que han derruido mi casa
y en su lugar han construido otra
sufro muchísimo más aún.

Y estoy llorando por mis hermanos,
por mí, mi casa y mi madre
que asomándose a la ventana me ha dicho:
¡Ay, hijo mío, entra, al fin has regresado!

Si alguien viniera

La tarde es una gaviota
que busca un nuevo nido
en escombros del día
y matorrales del tiempo.

Mientras corrigo este poema
alguien abre la compuerta
del anochecer en París
y nadie vendrá a verme.

Un niño pastor lleva
celajes a las fronteras
y se detiene para mirar
la agonía mortal del mar.

¡Qué agudo dolor aparece
en la rosa de la nostalgia!
¡Con qué infinita tristeza
cae la lluvia en la metrópoli!

José Luis Ayala. (Huancané, 1942). Es narrador, poeta y yatiri. Fue integrante del Grupo Intelectual Carlos Oquendo de Amat.

Ayala se caracteriza por ser el escritor puneño que ha publicado más libros.

Principales obras:

- Geografía del corazón (1965)
- Viaje a la ternura (1966)
- Ausencia del poeta (1967)
- Palabra reunida (1974)
- Canto sideral (1984)
- Poesía para videntes (1988)
- Wancho Lima (1989)
- El presidente Carlos Condorena Yujra (2006)
- El lago de los brujos (2007)
- Alberto Mostajo. Delirio y tragedia de un poeta vanguardista y metafísico (2009)

Feliciano Padilla

El Tuku Villegas

“M historia no es agradable, no es dulce y armoniosa como las historias inventadas. Tiene un sabor a disparate y a confusión, a locura y a sueño, como la vida de todos los hombres que ya no quieren seguir engañándose a sí mismos.”

HERMAN HESSE: “Demian

El Tuku Villegas era un rapazuelo que capitaneaba a los pandilleros de una añosa escuela de Abancay, allá por la década del cincuenta. Era fornido y mucho más alto que cualquier alumno de mi salón. La profesora Etelevina, tan atractiva en su tiempo, se envejeció por su maldita culpa; muchos compañeritos míos se vieron obligados a trasladarse a otras escuelas, y Víctor Ninapaytán perdió el ojo derecho en una “coboyada” en la que

Villegas le disparó una flecha fluida de carrizo, se dijo entonces, casualmente y, los alumnos andábamos por su culpa cojos y con lo ojos verdes, de modo permanente.

El Tuku y sus lugartenientes, el Rocoto Ramírez y el Pato Bellón, eran por entonces los mejores boxeadores de la escuela. Hacían pandilla junto con otros mataperros, y vivían de los cupos que les pagábamos los débiles. Todos los días debía llevarles un pan de los dos que me daban en el desayuno o cualquier fruta, o cinco centavos, obligatoriamente. Y así la vida no valía la pena vivirla. Como no me daban mucha propina debía guardar de las veces en que mi padre era generoso, y en otras ocasiones, debía descuidar a mi pobre madre de lo que tenía para el kerosene, el azúcar u otro menester. Al principio había pretendido hacer valer mis derechos a puño limpio, pero mi atrevimiento terminó cuando me vi en el suelo tragando el polvo de la derrota y una espesa chocolateada. Después, opté por informar a la profesora Etelevina, pero, en un partido de fulbito terminé con el ojo verde y ensangrentado a causa de un choque “casual” del Tuku, y con una amenaza de muerte de yapa. Entonces seguí el camino de todos los niños: pagar cupo al Tuku Villegas. Por eso es imposible que pueda olvidarlo. Me duelen todavía sus puñetes y puntapiés, y a pesar de que han pasado tantos años suelo verlo en mis sueños dándome duro como en aquellos viejos tiempos. Recuerdo sus ojos raros, oblicuos como de búho, su nariz chata de boxeador y su cabellera rojo-candela, como supongo debe tenerla el diablo. No lo olvido, pero, lo que más recuerdo son sus puños de acero. Pegaba duro. Yo, por entonces –lo decía mi madre–, era un niño tímido, medio grueso, y más bien pequeño para la edad que tenía. Once años. Mi padre había muerto por aquel entonces. Tal vez aquello cambiara mi carácter y me convirtiera en un niño triste. Tendría, sin embargo, gran capacidad de resistencia; sólo así se explica que soportara a Villegas durante dos años consecutivos. El Tuku era hijo de un policía muy conocido, medio rubio, medio pecoso, que solía emborracharse, carajear y maltratar a los campesinos. ¡Sí!, le tenía miedo; en

realidad yo tenía miedo a todos los guardias porque los veía arrastrar a la gente con destino a la comisaría, mientras mujeres y niños los seguían llorando e implorando en quechua.

¡Carajo, hablen en castellano, no entiendo lengua de indios!, les decían.

Pero un día, antes de que viajara con mi madre al santuario del Señor de Huanca, me tomé la venganza más cruel que jamás había imaginado ni podría imaginar, si se diera el caso. Aquel día planeamos jugar en la quebrada del río Mariño, a la “coboyada”. Como llegué a simpatizar con el Tuku por las propinas que le daba y por lo callado que era, fui su “piquicha”, es decir, el chiquillo que ayudaría al héroe en las aventuras del Oeste americano. Claro que no cabalgaríamos a galope en las praderas texanas, ni cruzaríamos el río Grande. ¡No! Un paisaje poético nos envolvía con su magia de colores. El río Mariño bajaba serpenteando de la laguna Rontococha, y desde donde estábamos, yo veía que le lavaba los pies al cerro Quisapata. Y la quebrada: todo verde moteado de rojo, amarillo, azulino, naranja, lila y otros colores para los cuales todavía no encuentro nombre. Comenzó entre nosotros una especie de guerra con flechas y frutos de higuera, y con puños y patadas. Antes de la “coboyada” nos subimos a los nogales y moreras, frondosos como sólo ellos. De sus ramas más latas hacíamos que nuestra mirada viajara hacia el Sur, hacia Patizamba y San Gabriel: desde lejos nos extasiaba el aroma dulzón de sus cañaverales. Después nos embutimos de moras y nueces a más no poder. Sin exagerar, saciamos nuestra voracidad como nunca, y nos encontrábamos casi por reventar.

Ya lo dije, éramos dos, simplemente; y ellos, los bandidos, unos ocho rapazuelos. En realidad no necesitábamos ser más los “jóvenes”. El Tuku era invencible en todo. ¿Para qué más?, me dije seguro de mí mismo. El juego era casi una batalla real. En eso, sucede, no sé si casualmente, que una pepa de higuera lanzada por una flecha de jebe le dio al Tuku en los testículos. Aquello, desgraciadamente, mermó nuestras fuerzas. Sin embargo, seguíamos luchando con bravura. Finalmente, nos tomaron por la fuerza y nos convertimos en prisioneros de guerra. Recuerdo de que se nos abalanzaron agitando palos

de huarongo y sogas de cabuya. Nos rendimos. Entonces, los muchachos se acordaron de todo lo que habían sufrido con el Tuku, y lo patearon sin piedad mientras a mí me daban de manotazos, que aunque me dolían no podían compararse con lo que le hacían a Villegas. Eran las seis de la tarde más o menos. Nos amarraron a dos árboles grandes en medio del bosque, lejos del camino. Las avejillas empezaron a anunciar el crepúsculo, y los grillos a envolvernos en un concierto sin igual, y los árboles a comentar lo sucedido con suave rumor. Luego los “bandidos” tuvieron una rápida asamblea. Allí decidieron abandonarnos a nuestra suerte. Antes de irse los ocho pilluelos, sea porque temían de que al día siguiente se vengaría el Tuku con una buena pateadura, sea porque simplemente no querían pasarse de la raya con el boxeador callejero, regresaron y me soltaron las amarras, indicándome que me dejaban libre para que a mí vez le liberara al Tuku después de media hora, calculando que ese sería el tiempo que demorarían para llegar a la ciudad. Y me amenazaban de muerte si es que no cumplía con la sentencia.

Se fueron. Se perdieron por el camino orillado de árboles, llevándose en sus carcajadas desaforadas la claridad del día. Efectivamente permanecí libre cerca del árbol donde se encontraba el Tuku amarrado con sogas de cabuya desde los pies hasta el cuello, las manos atrás, también amarradas fuertemente, de manera que estaba inutilizado. Apenas podía mover los ojos rojos de cólera, y lo peor de todo es que no podía

pronunciar palabra alguna porque le habían anudado un bozal. Se desgañitaba dándome órdenes. No podía ni quería entender sus bravatas. Pasó la media hora, luego la hora entera, y el Tuku se deshacía por decirme algo; parecía que bufaba como toro de lidia. Quise saber qué decía y

le bajé el bozal hasta el mentón. Pronto me cayó una catarata de granpateadas y de carazos. ¡Suéltame, hijo de perra! ¡Apura, carajo, que me cago! Yo lo miraba de frente, riéndome. Hacía media hora que había planeado vengarme. Esto no fue premeditado. Fue cuestión del momento. Lo decidí cuando se cumplió la media hora de plazo que me dieron los otros niños. Y ahora estaba gozando como un loco de sus desatinos. Agarré fuerzas y valor y le dije: ¡Toma, desgraciado, por todo lo que me has hecho! Entonces, el Tuku cambió de táctica: empezó a tratarme como nunca lo había hecho. Por favor, Carlos, hermanito, suelta las amarras que me cago, me duele mucho la barriga, por Dios que me cago, por tu madrecita, por lo que más quieras. Y yo muriéndome de la risa, imperturbable. Luego, retomó su actitud primigenia: ¡Suéltame, hijo de perra! ¡Carajo, me cago!... y eso fue todo.

De pronto, sentí un olor hediondo, insoportable. El Tuku, se cagaba, efectivamente. Se ensuciaba y me amenazaba de muerte. ¡Te mataré! Lo haré mañana, pasado, donde estés, cuando te encuentre. La fetidez me obligó a retirarme a unos metros más allá, hacia

el río donde me zambullí de alegría ropa y todo, lo que no era raro dado el fuerte calor. En aquel valle andábamos casi desnudos. Al poco rato le puse nuevamente el bozal y siguió gruñendo y haciendo esfuerzos inútiles por librarse.

—¿Te acuerdas Tuku todo lo que me has hecho?

—Grog, grog, grog —escuché su respuesta.

—Me pusiste verde los ojos seis veces, me dislocaste la muñeca, me volteaste la quijada de una patada, me sangrabas cuando querías, y tres días no pude orinar porque me pateaste en los huevos. ¿Te acuerdas?

—Grog, grog, grog —me gruñó como chanco maniatado que lo van a capar.

—Es la revancha, desgraciado. Es para que nunca te olvides de mí —le grité en la cara, casi mordiéndole los cachetes.

Permanecía a su lado hasta las ocho de la noche. Después me fui y lo dejé solo,

llorando de cólera. Subí la cuesta hacia la ciudad, y en el camino una parvada de loros me saludó eufórica desde un pisonay. Y, llegué por fin a mi casa luego de pasar por Wanupata, asustado. Indios y mestizos salían de las chicherías tocando arpa y cantando huaynos melodiosos de la quebrada de Pachachaca. Ingresé en mi hogar, temeroso, y como lo suponía, recibí una fuerte reprimenda de mi padre por llegar tarde en vísperas del viaje. Después de la cena me mandó a dormir, pero no pude hacerlo en toda la noche pensando

en el Tuku. Tal vez habrá muerto, me dije. Cuando amaneció desperté a mi madre, la ayudé a llevar sus bultos hasta la empresa “Tagle” y nos fuimos al Cusco. El 14 de septiembre estábamos en el Santuario del Señor de Huanca. Yo le rogaba al señor para que se muriera el Tuku. Ojalá se esté enterrando en este momento, se lo pedía llorando como una Magdalena. Y si no ha muerto, has que mi muerte en sus manos sea rápida y no me duela, se lo rogaba. No quería salir del santuario. Rezaba y rezaba sin tregua para que mis súplicas se cumplieran.

Después retorné a Abancay con mi madre. Al llegar a casa fingí una

enfermedad desconocida y tomé cama para no ir a la escuela, para no verme con el Tuku, para no morir. Como estaba ya tres días guardando cama estricta, mi madre trajo a casa al Dr. Casaverde, quien me vio y me diagnosticó una complicación de amigdalitis e influenza cardíaca. No me sané. Entonces vino a verme el milagroso curandero Áybar y me trató del susto llamando mi alma a media noche y dándome pócimas cuyos nombres no recuerdo. Parece que al final me enfermé de veras, porque sentía estremecimientos y tenía diarrea. Estaba ya nueve días en cama. Mi madre no sabía que hacer y lloraba por las noches viendo que su hijo querido demoraba en recuperar la salud. Me encontraba tentado de decirle la verdad, pero me sobreponía y llevaba la fiesta por dentro.

Al décimo día vinieron a visitarme Jenaro, Ignacio, Zavallita y Federico, mis amigos íntimos. Conversé como pude de las cosas que había visto en el Cusco. Ellos me contaban de la vida de la escuela: que la señorita Etelevina se va a casar, que Camachito se ha sacado 20 en matemática ¿y te acuerdas que siempre lo goleaban con cero? Que nuestro equipo los Halcones Negros le ganó en fulbito a los grandazos del quinto de primaria. Que, ahora, el Cuarto está sin el Tuku, sin su peleador invencible. ¿Qué dices, Zavallita? ¿Ha muerto el boxeador?, le zampé dos preguntas desesperadas al hilo. ¡No, no!, me contestó. Lo que pasa es que el Tuku ha viajado a Lima. Su padre ha sido cambiado, y se fueron. Se fueron todos. Sus compañeros le hicimos en el salón una despedida; si vieras, hermanito, lloró el Tuku por nosotros, no quería irse, terminó de relatar Zavallita. Entonces sentí que el alma

se me vino al cuerpo y solo esperé que se fueran aquellos amiguitos para recuperar la salud. Nunca el tiempo me pareció tan dilatado ni tan impasible. Por fin se fueron y así volví a recuperar la salud.

Ha pasado tanto tiempo desde entonces; sin embargo, anoche, de manera muy extraña, mientras retornaba de la Universidad a casa, sentí que alguien me seguía. En estos días difíciles no se puede saber qué le puede pasar a uno. Esto es impredecible. Como estamos en medio de una guerra, caminamos por las calles a merced de los que pugnan con extrema violencia. Es fácil imaginar que uno puede ser víctima de cualquiera de las dos partes. Por eso bajé con cuidado de la “combi” que me trajo a Chanu-Chanu. Ahí fue que no tuve dudas de que alguien me seguía. Lo vi de soslayo: era alto, fornido y barbudo y vestía un sacón azul-marino. Sentí la brisa helada del lago sobre mis espaldas, y totalmente aturdido apuré el paso para llegar a casa. Caminé y caminé, pero seguía escuchando sus pasos hostigando los míos. Pensé rápidamente en todo, incluso en la muerte. La idea de la muerte me poseyó y me llenó de terror. Llegué a mi casa, tomé la llave y en el momento que abría las cerraduras, noté que algo duro me tocó la nuca. Volteé y vi un revólver reluciente a la luz de la bombilla, que me presionaba la base del cerebro. ¡Entra, carajo!, escuché la bronca voz; cuidado con hacer tonterías: no grites, no te muevas, ni hagas nada, carajo. Luego ingresamos a mi sala y ahí me arrimó hacia la pared encañonándome sobre la frente.

—¡Vas a morir, carajo! Pero, antes de morir querrás saber por qué —me volvió a carajear.

—¿Quién eres? —atiné a decir.

—Un mercenario que está de paso... alguien que no le teme a la muerte... que nunca le ha temido. ¿Sabes quien soy? , agregó. ¡Soy el Tuku, carajo! Aquel que tú dejaste amarrado en un árbol del río Mariño, para que me muera, hace ya como 35 años. ¿Te acuerdas? Te he seguido tanto tiempo para vengarme y por fin te encuentro en Puno, so desgraciado. Ha llegado tu hora. Bien, ahora morirás. Nadie podrá

salvarte. Adiós hijo de perra.

Yo estaba seguro de que iba a dispararme. Vi esa resolución en sus ojos desorbitados. Entonces arremetió con lo último para cumplir con su venganza. Por mi parte, antes de morir me di tiempo para pensar en mi esposa y mis hijos, ausentes de la casa en ese momento.

–No podrás escapar. ¡Morirás a la cuenta tres, carajo!

–Perdóname, Tuku. Tengo familia. No me mates. Qué va a ser de mis hijos. Ten piedad, Tukito –le invoqué llorando a fin de persuadirlo.

–Nada. Morirás conchasú. ¡No podrás escapar! Nadie podrá salvarte.

–No me mates, Tukito, Tuku lindo.

–Morirás a la cuentas de tres. ¡Nadie podrá salvarte!... Uno, uno y medio, dos –y empezó a hacer girar el tambor de revólver para colocar la bala en el lugar adecuado y prosiguió–. Dos y medio y...

–¡Un momento, Tuku! ¿Yo puedo salvarlo!, escuché la voz chillona y desesperada de Pável, mi hijo de diez años.

En aquel momento no deseaba sino morirme en el acto para no ver el final de aquel niño, que venciendo sabe Dios cuánto terror, pudo salir de su dormitorio y tener la audacia de enfrentarse al Tuku. Lo miraba y sus ojos estaban enardecidos iguales que los de Villegas. No me explicaba cómo podía haber tanta fuerza de voz y tanto valor en aquel pequeño cuerpo que se mantenía enhiesto frente a mi agresor.

–¿De dónde, carajos, ha salido esta lagartija? ¡Piojo de mierda! –le espetó su odio, casi silabeando la última interjección. Luego, cambió la actitud y se rió como un desquiciado sin remedio–. ¡Ja, ja, ja, ja!... ¿Y cómo crees que vas a salvarlo, insecto inservible?

–Yo sé cómo salvarlo –volví a escuchar aquella vocecita trémula y estentórea, mientras me desvanecía.

–¿Cómo, carajo? –le gritó poniendo el dedo en el gatillo.

Me saltó las lágrimas por la impotencia.

Me sentí un insecto al dejar morir a mi hijo en esas condiciones. La hora final llegaba inexorable; claro, primero para mi hijo, y después, para mí. Otro chillido desgarrador interrumpió mis cavilaciones:

–Escucha bien, Tuku asesino. ¡Puedo hacer lo siguiente para malograr tus planes! –se desgañitó agitado, mi pobre hijo, azotando ferozmente con la estridencia de su voz el rostro petrificado del Tuku Villegas; y luego, mirándome a los ojos, agregó: – ¡Despierta padre, te libero de esta pesadilla!

Ahora, en efecto, haciendo un esfuerzo sobrehumano, logro, al fin, salir de esta pesadilla; y estoy despierto, ansioso, bañado en sudor y con esta angustia que me provoca un vacío atroz en el diafragma.

Feliciano Padilla. Narrador puneño-abanquino, nacido en Lima en 1944. Se trata del escritor más exitoso de la prosa puneña hasta la actualidad.

Fue mención honrosa del Premio Copé del Cuento 1994, con el relato *¡Me zurro en la tapa!* De igual manera, se le concedió la mención honrosa del Premio Copé del Cuento 1996, por su relato *Amarillito amarilleando*.

“Feliciano Padilla es en la actualidad el narrador puneño cuya constancia y dedicación lo han conducido hasta las mayores distinciones que ha logrado la narrativa puneña de nuestros tiempo. Su nombre se ubica junto a los preferidos en el Copé 1992 y los seleccionados en el César Vallejo 1993” (Cáceres Monroy, Juan Luis)

Obras:

- La estepa calcinada (1984)
- Réquiem (1986)
- Surcando el Titikaka (1988)
- Dos narradores en busca del tiempo perdido (1990)
- La huella de sus sueños sobre los siglos (1994)
- Alay Arusa (1995)
- Polifonía de la piedra (1998)
- Calicanto (1999)
- Amarillito amarilleando (2002)
- Pescador de luceros (2003)
- Antología comentada de la literatura puneña (2005)
- ¡Aquí están los Montesinos! (2006)

Percy Zaga

Río

Ha caído el corazón
a tu orilla
y rodando como
un pez
 te lo llevas
 lejos,
de mí,
de ti, de todo
y no retornas
 río
 y no vuelves
a mí,
a ti, a nada.

OGAL

Más abajo de tu playa,
más abajo de tu arena
de tu limo más abajo
 y más aún de los peces
 los helechos, las raíces.

En el origen mismo
de tu nombre o tu ser
hay otro lago, tan
gigante, tan hermoso,
tan pequeño como tú.

Percy Zaga. (Puno, 1945). Fue integrante del Grupo Intelectual Carlos Oquendo de Amat.

“Desde sus inicios la poesía de Percy Zaga siempre fue diáfana, con una extraña intuición de las transparencias de la materia y del espíritu, con una sensación de lo efímero y lo inasible, pero que gracias a la poesía queda como un tatuaje en la piel del tiempo. Es aquí donde nacen las leyendas de los dragones y las damas encantadas, del eterno retorno y del pozo donde nace la luna de los sueños y el sol de la memoria” (Aramayo, Omar).

Obras:

- A Maité (1968)
- Mi país (1971)
- Cinematógrafo de lienzo y bambú (1992)
- Mi ciego mi gallo y tú (2003)

Omar Aramayo

Paisaje

Un ave pasa
se lleva
el cielo.

un ave que mira
se lleva
el horizonte.

Cuántas aves han pasado
y aún y todo
está intacto.

La muerte

Sólo como palabra
existe la muerte.

Niña blanca, de cabellos
blancos, dibujada
sobre blanca nube.

Después del cristal
el aire sigue.

La flor es de tierra
y a la tierra vuelve.

Sólo como palabra
existe la muerte.

Omar Aramayo. (Puno, 1947). Fue fundador e integrante del Grupo Intelectual Carlos Oquendo de Amat.

“La poesía de Omar Aramayo se inserta en la misma tradición de Churata y Peralta que concibe al hombre como un componente de la naturaleza; el poeta así es Apu, río, piedra, nacimiento, reproducción, muerte, cacharpari. Disuelve su identidad individual en lo colectivo y nos regala con su canto surgido de las profundidades de la tierra andina y su palabra limpia” (Forgues, Roland).

Obras:

- Aleteos al horizonte
- Antigua canción
- Prohibido pisar el césped
- Axial
- Los dioses
- Caleidoscopio
- El gallo de cristal (un conjunto de relatos y cuentos, Lima, 2006).

Jovin Valdez

Mujer

“El hombre está colocado donde termina la tierra y
la mujer donde comienza el cielo”

Víctor Hugo

Mujer. No te conozco y sin embargo te amo.
Nunca te he visto y sin embargo te busco
como si hace tiempo te hubiese perdido.

Te sueño desde los aparadores de mi infancia,
hasta en los confines donde falta horizonte a mis ojos.

No sé de dónde vienes pero donde voy te espero.
Te presiento en las avenidas y en las multitudes
Y hasta arrullo alborozado lo que nunca me diste.

No sé de qué nervadura emerge tu melodía,
ni qué destellos tuyos me animan y me resucitan.

Sólo sé que tu misterio llena el cáliz del ocaso
donde sangran las espinas dolores extintos,
y donde tu existencia como un hilo invisible
me aferra a la órbita inefable de la vida.

Jovin Valdez. Poeta y narrador puneño nacido en Carumas-Moquegua en 1949. Es abogado de profesión.

Obras:

- Sólo los rastros
- Mansión del habitante
- Visión en la noche
- El anuncio de los búhos

Vladimir Herrera

CUARTO POEMA MENOR

A la manera de “Nosotros
Dos Aún” de Michaux.

1

Tú serías la curva adormecida
del dolor
de esas tardes
articulándote al sueño
de los pájaros
que cuidan el paraíso;
O serías una infiltrada más de toda la guerra
acampando a la propia sombra
de la grulla que te pisotea el sueño
carpa del circo
muchacha
calva
si un tranvía cruzara tu voz
y tus huesos fueran arcos que anuncian
despedidas o muertes;
Dichas las cosas de este modo
fuiste una muchacha
envejeciendo
entre la lluvia y mis ojos cerrados
Lubricando
el paso del sol resbaloso de aquellos días;
Pero fuiste
Y fuiste a la sombra de unos árboles
–que es lo peor– camino
malogrado, luciérnagas aderezando la
soledad
tras la cortina
o la humedad de los baños

Vladimir Herrera. Nació en Lampa (Puno) en 1950. Vivió en Lisboa, París, Roma, Barcelona... Es autor de los libros:

- Del verano inculto (1980)
- Pobre poesía peruana (1989)
- Almanaque (1990)

– Poemas incorregibles (2000)

Boris Espezúa

Tiempo del cernícalo

Detrás del día

correrá el polvo del olvido de estos tiempos sin orfebres
no habrá alcancías ni historias ígneas para contarlas con soles en los ojos
sólo los cernícalos elevarán el plexo gris por las humaredas
y los rasgos de desaliento se esfumarán en la cabellera de las montañas
los espejos no reflejarán el descuelgo de los silencios
y desposeído el rayo esperará el viento en círculo para no volver.

Detrás del alba

la sombra de los peces dibujará nuevos mundos a tornasol
bajo el agua después del devorado final
sobre el cual brinquen mosquitos sin patas.
El pico del cernícalo dolido de ferocidad no volverá
sino para reventar el buche con espuma sobre las piedras.
la mano del viento redoblará los fuegos y los alberos
cavarán la hondura de los sikus en las zanjas del tiempo.

Los Dioses devolverán el agua sagrada a los oráculos
cuando ronde el cernícalo y muerda una bandera
y un blasón redoblado y todo nuestro ánimo castrado.
El tiempo se extinguirá con los confines
extintos despojados de cielo
con la lengua sin trozo de hierba partida en su paladar
de junios. Detrás del día habrá nuevas albas.

Bomba de tiempo

Tuve miedo del tiempo en la urbe
del vacío del trajín cotidiano
de la pobreza que gira más deteriorada
de la riqueza rondando más soberbia
tuve miedo del hombre acaecido
en el primer piso de su plácido conformismo
en el último piso de sus flancos heridos
tuve miedo de extremos resentidos y
lujuriosos
del tedio inquilino en rostros sin rostro
sólo la ciudad y sus stress sabrán
en qué punto reventará
esta bomba del tiempo.

Boris Espezúa. (1960). Es uno de los poetas más representativos de la poesía contemporánea puneña. Ha sido finalista de la Bienal Copé de Poesía (1995 y 1996).

“... es un poeta integral porque expresa las relaciones ocultas y evidentes de las provincias del Sur del país, entre paisajes humanos y naturales. Hay en él una necesidad de ubicuidad, una lucha por vencer el complejo de fragmentación que sufre el país, y que asumimos inevitablemente desde el momento que nos resulta incompatible un mundo dividido. Es una mirada de adentro hacia fuera la que recorre el presente libro. (...) Espezúa representa en sus personajes un símbolo que condensa la simbiosis cultural del país. (Mora, Tulio; en la contratapa de *Alba del pez herido*).

Obras:

- A través del ojo de un hueso (1988)
- Tránsito de Amautas y otros poemas (1990)
- Alba del pez herido
- Tiempo de cernícalo (2002)

Elard Serruto

Refugio de arena

Llegó con la multitud desarrapada y miserable que arrastraba sus niños y sus perros, una caravana que tropezaba en la niebla polvorienta al atravesar la oscuridad del arrenal, apenas orientados por las diminutas llamas flameantes de los mecheros, y adentrándose en ese desierto que parecía no terminar jamás, y donde al encuentro de la primera loma que parecía la espalda de un dinosaurio, plantaron más por cansancio que por la certidumbre

de haber encontrado el lugar propicio, sus palos y sus esteras, en un desorden afebrado que mostraría al amanecer, la visión desoladora de un poblado sacudido por un terremoto enloquecido.

Él había sido uno de los primeros en defender esas tierras de nadie, el que había indicado con buen acierto el trazado donde estarían la iglesia y el mercado,

la comisaría y el local social, el primero que se atrevió a salir adelante cuando vino una turba de soldados con sus carros de guerra, y el primero al que se llevaron para colgarlo como un cordero, mientras una muchedumbre de desastre invadía las calles de

la ciudad con sus pancartas mal escritas y sus banderas descoloridas reclamando a gritos de hambre la firma que los haría dueños de esas tierras de paisaje lunar donde sólo se recortaban en el horizonte las siluetas solitarias de los cactus.

Los breves días de prisión lo habían devuelto al recuerdo cuando reparaba zapatos irreparables en su pueblo extraviado en la serranía del sur, allí donde pasaba puntualmente un tren nocturno y nostálgico con sus ventanillas que atrapaban los rostros de pasajeros taciturnos, ese tren que terminó llevándolo con su mameluco azul y su gorra de brequero por todos los pueblitos desperdigados a lo largo de esos rieles que llevaban al olvido, para quedarse con ese grupo de "Carrileros" que nunca estaban en un solo lugar, y que aparecían en medio del viaje con sus barrotes para reparar la vía, y con su mirada de nómadas saludando el paso de un tren meditativo y eterno.

No hubiera salido nunca de esa intemperie de lugares movedizos, sino fuera porque una mañana lo jalara como un tren irremediable los ojos de una mujer, aquel embrujo que llevaba y traía contrabando de frontera a frontera y que lo arrastró para resolverlo en una historia de amor, tan a salto de mata como su trabajo, una batalla de celos e infidelidades que estallarían cuando apareció un marido remoto, trayendo dos niños y una historia donde ella no dejaba de fugarse para envolverse en otra pasión de contrabando, una historia que se alargaba y jalaba su cola cuando entraba a los barcitos de mala muerte, y él se zambullía para buscarla en el fondo de un vaso de alcohol que no se terminaba.

Salió de la prisión sin poder evitar ese zurcido de recuerdos, sin saber que al volver a la morada polvorienta lo esperaría una turba de algarabía, la muchedumbre que vitoreaba su nombre y lo elegía a fuerza de gritos su dirigente principal, una hormiga que a lo largo de todo el día se sumaba a esas faenas infatigables de hombres, de mujeres y niños que se rompían el espinazo para limpiar ese terreno de prehistoria con la ciega

intención de quedarse para siempre, hasta que la empresa de trenes le dio una carta de despido donde se veía la mano invisible que lo quitaba de lado por ser sospechosamente revoltoso.

El poco dinero de todos los años al servicio de ese tren infatigable que lo dejó como una estación de pueblo perdido, se hizo polvo entre los papeles tramitantes de toda esa multitud que ya había puesto números en sus puertas, y como si se despertara a un denso y largo sueño, se descubrió vagando por una ciudad que hervía de vendedores callejeros, sin trabajo y perdido en esa hormigueante multitud pintoresca, tironeado por la inercia que lo llevaba a los parques y los puentes, a dormirse al mediodía en su terreno cercado por piedras a fuerza de voluntad, para huir de esa hora que le daba un zarpazo

en el estómago, y para que en un arranque de tanto mundo que lo aplastaba, se pusiera a vender billetes de lotería, esos irónicos papelitos numerados con millones de dinero que lo encerraban en un enorme cero a la izquierda.

Su propia gente lo había dejado de lado, y él se fue difuminando para quedar olvidado como los periódicos viejos que arrumaba en su cuartucho, como una película vieja que había concentrado los años y que se desenrollaba en pocos minutos mostrando el arenal que se llenaba de casas, que habría sus calles de desorden para enterrar las tuberías

de agua y desagüe, mientras los postes de luz se elevaban con sus ojos brillantes, para que finalmente las calles aparezcan asfaltadas y las casas tengan por fin su rostro estacionario para toda la vida, mientras él seguía volviendo después de cada jornada vendiendo la pobre suerte de convertirse en millonarios, a su casa que continuaba siendo un muro frontal de piedras pircadas, donde sigue oscilando a la intemperie una puerta de lata, ese suspiro abatido que conduce a un patio donde crece en libertad silvestre una higuera polvorienta.

La última morada donde el tiempo se arremolina, atrapando en ese patio que se extiende por la mansedumbre de su arena sin rastros y que tropieza con un cuartucho de piedras volcánicas sobrepuestas, y rematado por un techo de calaminas regaladas donde resalta, en medio de la basura que los vecinos arrojan, una llanta decaída y un pequeño remolino de lata que gira pensativamente, el refugio final donde se repite una y otra vez la película del recuerdo, donde los días transcurren idénticos hablando con sus fantasmas, y zurciendo los harapos de los harapos en la penumbra silenciosa que sólo interrumpen las cucarachas y los ratones.

Sólo los viejos se acuerdan de él con el mismo respeto nostálgico con que se recuerda a los muertos, pues para los niños no es sino un loco que aparece los días de fiesta como un insecto prehistórico, con su ollita de vagabundo para llenarlo con el favor de un desperdicio, y con su gorra remota y deformada de brequero, silencioso e inofensivo, paseando como un condenado entre los deprimidos toldos atiborrados de juegos, estirando una sonrisa de huérfano milenario cuando revientan los castillos, en medio del desorden de las músicas lamentables que se atorán y crujen en los altoparlantes, mientras la gente lo mira como parte de la feria y comenta en voz baja y en los oídos de los niños, que se ha vuelto así porque vive de comer moscas y lagartijas.

Pero nadie sabe que en sus ojos de perro triste, una pequeña luz lo acerca todas las mañanas al umbral desbaratado de su puerta, allí donde se levanta un día que ya no importa, y lanza una mirada hasta donde alcanza la niebla de sus ojos, y está feliz porque los perfiles de las siluetas de casas que se extienden interminables hacia arriba

y hacia abajo, algún día fueron su sueño y su batalla, y aunque nadie se lo agradezca porque muy pronto traerán un tractor para borrar su morada y abrir una calle, él tal vez vuelva como un perro sin dueño a los parques y a los puentes, donde se quede dormido en un sueño manso que se perderá en un laberinto oscuro de infinitas calles de arena.

Elard Serruto. (Puno, 1962). Se inició en la literatura en la Universidad Nacional San Agustín de Arequipa. En 1997 publicó *Habitaciones*. Escribió el guión de la película el *Misterio del Karasiri*.

Lolo Palza

Cotidiana

Esta noche no tiene mañana
Saben? La oscuridad no es santa
no tiene flores y huele a mortaja
esta noche hiede, no canta
me tiene y me lleva a nada
me llama y me grita con voz agria y
 mis pasos cómplices se arrastran
y van sin ir a ningún lado
Pero yo quiero verte
estar junto a ti
yo quiero amarte
la noche me niega tu imagen
me niega tu sueño me niega tu aurora
alzo las manos y no alcanzo nada
mañana puede ser mi esperanza
pero la noche es obstinada
me recorre me corroe me retiene
tanteando oscuridad
buscando tu mirada
atravesando tu espacio inexistente
soñando no soñar despierto.

Este cielo & este lago

Si tuviera que decir adiós
emprendería el camino de regreso

 haría de mis pasos
 grandes surcos en la tierra
para que los ríos pudieran regresar preñados de distancia
 hasta lo más alto de las montañas
 a discurrir por sus antiguos y delgadísimos cauces

si tuviera que dar la espalda
a las últimas palabras
regresaría sobre mis pasos
para beberme de golpe
 este cielo y este lago

Lolo Palza. Poeta nacido en Puno en 1964.

“La poesía es un fugaz resplandor, un brillo solar del corazón del lector. Cuando ésta aparece con palabras simples y en textos breves, no se sospecha en qué momento nos atrapa su sutil impacto. Esta es la percepción primera y esencial del que se acerca por primera vez a estos poemas labrados en casi una década por Lolo Palza Valdivia” (José Gabriel Valdivia).

Obras:

- Ser Cárdeno
- Subversión o versión de la palabra
- Entre la espada y la pared
- Sagrado recinto
- Naufragio de Noé

Alfredo Herrera

Poemas sin título

Armado con una luz de bengala
Sobreviviente de alguna batalla
Sin destino
Fabricando historias para tener
recuerdos
Solo y sin nombre
Descubre que ha caminado junto a
sus hermanos
En una procesión (que va por
dentro)
Hacia el templo donde sufrió tortura
Nada de esto es cierto
Todo ha sucedido como la cuenta
El mismo hombre de cada tarde
Inventa una historia para contentar
a su mujer

Alfredo Herrera. Poeta puneño nacido en Lampa en 1965. Ha sido ganador de la Séptima Bienal Premio Copé de Poesía (1995). Es uno de los intelectuales más importantes de los últimos años, su poesía es referente obligado de la nueva literatura nacional.

Obras:

- Etapas del viento y de las mieses (1986)
- Pájaros cantarán por sobre las montañas y otros poemas (1988)
- Recital de poesía (1990)
- Elogio de la nostalgia (1995)
- Montaña de jade (1996)
- Mares (2002)
- Rosario a las seis (cuento, 2006)

Adrián Cáceres

El cangrejo

–Tengo los ojos en la espalda, en la espalda tengo los ojos, los ojos en la espalda tengo, en mi espalda están mis ojos, en mis ojos está mi espalda, tengo espaldas en mis ojos...

Las ideas del Cangrejo se hilvanan infinitas mientras conduce su cuerpo contrahecho, deforme. Su joroba monstruosa va por delante oculta bajo la camisa mugrienta y rasgada. Su paso es lento pero firme. La nariz enorme surge por detrás, colorada y ulcerosa, de entre su asqueroso cabello que le cubre la mitad de la cara. Sigue caminando de frente viendo al mundo por la espalda con sus ojos clavado en los omóplatos.

–Tengo los ojos en la espalda, en la espalda tengo los ojos, los ojos en la espalda tengo, en mi espalda están mis ojos, mi espalda está en mis ojos, en mis ojos está mi espalda, tengo espaldas en mis ojos...

Se dirige a la Plaza 25 de Mayo por la calle Ayacucho. A veces, tropieza con alguien que maldice y se asquea del olor pestilente que emana de cada poro del Cangrejo.

–El mundo entero está torcido, volteado. Tienen los ojos en la cara – piensa. Se detiene–. Ja, ja, ja, ja, ja. Torcido. Ja, ja, ja, ja...

Sus carcajadas surgen por detrás, mientras los torcidos lo miran con pena. Él siente lástima de ellos, se compadece y los mira con sus ojos en la espalda.

Alguien bromea:

–Se le ha atascado la caja de velocidades en reversa.

Las carcajadas suenan un momento, luego cesan de improviso. El Cangrejo no parece haber oído.

Prosigue su camino. Cruza sus manos por detrás sobre su barriga desnuda.

Piensa en anteojos para sus ojos de la espalda. Quiere enderezar el universo.

¿Realmente será posible enderezarlo? Medita, se sume en sus cavilaciones.

–Biconvexos, convexos, convergentes, bicóncavos, cóncavos, divergentes, triconvexos cuadriconvexos, infinitamente convexos, tricóncavos, cuadricóncavos, pentacóncavos, hexacóncavos, infinitamente cóncavos, bifocales, trifocales, cuadrifocales, pentafocales, infinitamente focales.

Piensa mejor, él no necesita anteojos para los ojos de su espalda. No quiere

distorsionar la realidad, quiere verla de frente con sus ojos prodigiosos. Para ver distorsionado el mundo sólo le basta descubrir sus abominables ojos ocultos por su cabello. Los anteojos son para los torcidos, ellos los necesitan más que él.

–Biconvexos, convexos, convergentes, bicóncavos, cóncavos, divergentes, triconvexos cuadriconvexos, infinitamente convexos, tricóncavos, cuadricóncavos, pentacóncavos hexacóncavos, infinitamente cóncavos, bifocales, trifocales, cuadrifocales, pentafocales, infinitamente focales.

Tal vez sí sean necesarios los anteojos para los ojos de su cara,

esos ojos fenomenales, abominables, que oculta bajo su cabello sucio. Los odia, se avergüenza de ellos, desearía no tenerlos. Piensa en la enorme ventaja de ver al mundo

tal como es con sus ojos de la espalda y sus ojos bajo la mata desgredada de cabello.

–Biconvexos, convexos, convergentes, bicóncavos, cóncavos, divergentes, triconvexos cuadriconvexos, infinitamente convexos, tricóncavos, cuadricóncavos, pentacóncavos hexacóncavos, infinitamente cóncavos, bifocales, trifocales, cuadrifocales, pentafocales, infinitamente focales.

Los torcidos lo miran pasar. Él puede ser como ellos, pero, ellos no pueden ser como él. Se siente superior. No saben el secreto que trata de ocultar. Al fin llega a la gran plaza. Espera el momento oportuno para cruzar la calle. Los automóviles se desplazan con rapidez uno tras otro mientras él espera pacientemente. Al fin el tránsito se detiene. Cruza lentamente hasta llegar a una esquina de la plaza; luego la cruza oblicuamente. Se detiene. Se sienta en una banca de la plaza que conoce de memoria. Esconde temeroso los ojos de su espalda en el espaldar del asiento. No quiere que lo descubran, no quiere decirles que el mundo está al revés. El calor se concentra en su cabeza hasta derretirle el sebo del cabello que chorrea por toda su cara.

Otra vez esos malditos monstruos quieren devorarlo por millares. Revolotean en su cabeza. Vienen de todas partes y continúa de nuevo su batalla. Se siente solo ante el enemigo, sabe que son pequeños pero en enormes cantidades, eso los hace más peligrosos. Ellos también tienen los ojos en la espalda como él, pero el Cangrejo tiene

la ventaja; puede combatirlos al revés, ellos no pueden hacerlo, sólo tienen ojos en la espalda. Destapa sus ojos de la cara y acomoda el cabello hediondo a un costado de su cabeza.

Sus ojillos saltan de un lado para otro a los costados de su enorme nariz roja. Le cuesta ver a las monstruosas criaturas desde esta perspectiva, se da tiempo para acomodarse a su nueva situación. Distingue claramente el monumento custodiado por dos leones de bronce, parece que en sus rostros se ha petrificado un gesto fiero; mientras sus garras dormitan pacíficamente en la punta de sus dedos. Luego de un prolongado momento, cierra su puño con rapidez, ha atrapado a una, la aprieta fuertemente dentro de

su mano izquierda. El Cangrejo es zurdo. No debe permitir que se le escape. Se ayuda con la mano derecha que es más torpe y, difícilmente logra agarrarla de las patas. Le arranca con cuidado los transparentes ojos de la espalda luego los suelta y ve como una corriente de aire los hace desaparecer casi al instante. Sus compañeras impotentes inician una nueva ofensiva masiva. Zumban amenazantes en sus orejas y se posan en su cabeza. Él la mantiene prisionera entre sus dedos, ve cómo se mueve desesperadamente, ciega sin sus ojos de la espalda. El Cangrejo no tiene compasión de ella. La mira con aire superior. Es la primera de la tarde. Quiere verla sufrir por un momento. Sabe que ahora no puede escapar. Al fin decide aniquilarla y se la mete en la boca, siente sobre su lengua

el pataleo desesperado de la mosca, la aplasta contra el paladar sin misericordia, ya no se mueve más, la empuja por la garganta. Nuevamente su brazo chicotea el aire, ha atrapado otra, ahora le arranca los ojos de la espalda con prisa, casi desesperadamente

y la aplasta nuevamente con la lengua contra el paladar. Sabe que es el único

que las combate, no tiene tiempo que perder, son millones de millones.

–Dos, dos, dos, dos –repite el número para no perder la cuenta– diez, diez, diez, diez...

Recién se da cuenta que lo observan algunos de los torcidos. Siente que lo admiran porque sólo él ha decidido combatirlos. El Cangrejo los mira con los ojos de la cara, le imprime a su mirada un matiz de humildad sin dejar la firmeza de su postura de combate. El Cangrejo sabe que los torcidos se consideran inferiores a él. Recuerda vagamente

el día en que llegó. Una muchedumbre de torcidos lo recibió en la plaza, admirándolo, fascinados ante su extraña presencia. De eso ya hacía algún tiempo, aunque no recordaba cuándo. Prosigue.

–Once, once, once, once, doce, doce, doce, doce, trece, trece, trece, trece, catorce, catorce, catorce, catorce, quince, quince, quince, quince...

La mirada curiosa de la gente le acicatea el ánimo. Siente la importancia de su tarea. Ve en los ojos de los torcidos su impotencia ante el enemigo que ataca por millares. A ellos no los molestan, el Cangrejo entiende la razón, ellas saben que sólo él es peligroso. Atrapa otra mosca entre su puño que aprieta fuerte, se levanta de la banca y se acerca a la gente con la alimaña sujeta de las patas entre sus dedos. Los torcidos retroceden temerosos. El Cangrejo se compadece de su cobardía, se detiene mostrando de lejos al insecto indefenso, les demuestra que no son tan peligrosos como parecen, no hay que temerles, les enseña cómo arrancarles los ojos transparentes de la espalda volviendo a mostrar al insecto indefenso entre sus dedos, quiere acercarse unos pasos más, pero ellos igual retroceden. Se vuelve a compadecer de su cobardía. Les demuestra cómo aniquilarlas, se mete la mosca en la boca y la aplasta con la lengua contra el paladar. Los torcidos lo miran meneando la cabeza, algunos se alejan, otros simplemente siguen observando.

El Cangrejo se siente satisfecho. Sabe que golpeando su conciencia, seguro de que pronto seguirán su ejemplo, es imprescindible ganarlos a la causa; el enemigo es inmensamente superior en número, de ello deriva la importancia estratégica de incorporar

a los torcidos en la lucha contra los monstruos de ojos en la espalda.

Algunos niños que juegan en la plaza dejan sus entretenimientos habituales, se esconden como pueden tras el Cangrejo y le arrojan piedritas en la nuca, luego corren asustados gritándole: Cangrejo, loco, opa. A él no le molesta mucho, simplemente los observa correr. Su mirada parece deleitarse, quizá recordar su infancia. Cuesta imaginar que: El Cangrejo haya tenido infancia alguna vez.

El Cangrejo se siente fatigado, decide retirarse, sabe que la batalla debe proseguir en otro momento. Tapa los ojos de su cara hasta sólo dejar ver su nariz colorada y ulcerosa. La joroba por delante y las manos por detrás cruzadas sobre la pelada y rugosa barriga. El Cangrejo camina firme. Los torcidos lo miran pasar con desprecio, él siente compasión por ellos, él puede ser como ellos, pero ellos no pueden ser como él.

Una vieja que vende mocochinchi le amenaza con mojarlo con el agua que usa para enjuagar los vasos. El Cangrejo no hace caso de sus amenazas, simplemente murmura:

–El mundo está al revés, torcido –luego ríe–: Ja, ja, ja, ja...

La vieja se asusta de su risa indiferente. Piadosa se persigna tres veces como quien ha visto al diablo en mismísima persona.

–Jesús María y José –dice– apiádense de su alma.

Quizá sean los hombres los que realmente debieran apiadarse del Cangrejo

¿o el

Cangrejo apiadarse de los hombres?

El Cangrejo prosigue su camino indiferente viendo pasar el mundo con sus ojos de la espalda. Un sol abrasador le cocina las espaldas, evaporando su hediondez que se dispersa por el aire. La gente le cede el paso, algunos tratan de evadir su presencia, otros lo insultan sin miramientos.

—Loco hediondo —le dicen y escupen a un costado.

El Cangrejo se compadece de ellos. A veces quisiera sentir asco de los torcidos, pero la repugnancia es un sentimiento muy humano para él. Él puede ser como ellos pero ellos no pueden ser como él.

Prosigue su camino con desdén. Siente su esencia removerse en sus tripas, quiere escapar de su cuerpo, le arruga el ombligo, sabe que no podrá retenerla mucho tiempo más, quiere brotar de la profundidad de sus entrañas, no quiere soltarla, no desea perderla

y despersonalizarse con su flujo abundante pastoso y amarillento. Lucha ajustando sus esfínteres con esfuerzo sobrehumano, no puede más, sabe que no podrá contenerla.

Desata la pita de su cintura y, suelta el pantalón mugriento y harapiiento que se desliza sin dificultad hasta sus pantorrillas. Se sienta en cuclillas desesperadamente. La esencia surge de la profundidad de sus tripas depositándose en el suelo. Vuelve a anudarse la pita en la cintura y observa con tristeza el trozo que es tan suyo, que ha surgido de su cuerpo mismo, es fruto de él y que no está dispuesto a perder; lo toma entre sus manos, lo mira profundamente por un momento, se lo mete entre los dientes. Siente que su personalidad, que su esencia vuelve a introducirse en su cuerpo. Los torcidos lo miran con asco. El Cangrejo se desentiende de sus miradas, mientras un perro lame los restos de su esencia.

Una muchedumbre de moscas revolotea en torno a su cabeza, las más audaces se posan en sus labios y sus manos. Siente que las odia, sabe que pretenden despersonalizarlo, que quieren robarle su esencia. La batalla continúa. Las ataca con más odio pero su furia no le permite combatir las con eficacia.

Un hombre de corbata y maletín siente un cosquilleo molesto en sus tripas, su estómago convulsiona pretendiendo escapársele por la boca. Voltea para no ver la asquerosa escena, respira profundamente, después de algún momento siente sus intestinos en calma, aunque las náuseas todavía lo molestan. Luego busca un teléfono desesperadamente, al fin lo encuentra en una farmacia. Marca el número del Hospital Psiquiátrico. Espera unos segundos. El teléfono timbra tres veces. Una voz femenina responde:

—Hospital Psiquiátrico, buenas tardes.

—He visto al Cangrejo —denuncia el hombre sin mayor preámbulo.

—Una ambulancia ya está en camino —responde la voz femenina—. Ya hemos recibido la denuncia.

Una furgoneta blanca dobla la esquina con rapidez haciendo chirriar las gomas en el asfalto. Se detiene a unos centímetros del Cangrejo que aún lucha infatigable con sus enemigas. Él sabe quiénes son, sabe que lo buscan. Debe huir de ellos, son malvados, lo encerrarán de nuevo, lo bañarán y lo atarán y él se verá impotente nuevamente viendo revolotear impunemente a sus enemigas en su cabeza. Corre lo más aprisa que puede. Los

de la furgoneta saben que le será difícil huir, correr de espaldas es difícil, así que no les preocupa mucho. De la parte posterior del vehículo bajan dos hombres enormes vistiendo mandiles blancos. Corren unos pocos pasos y cogen al Cangrejo de los brazos,

lo levantan en vilo, el Cangrejo patalea, grita con todas las fuerzas de sus pulmones, mientras un tercer hombre se acerca con una enorme jeringa entre sus dedos. El Cangrejo no puede diferenciarlos, para él todos son iguales, ellos visten de blanco. No entiende la razón por la cual lo persiguen con saña, implacable y lo encierran sin misericordia. De pronto siente la enorme aguja meterse entre las carnes de sus glúteos, el líquido aceitoso se introduce dolorosamente. Vuelve a gritar con fuerza, el sonido

informe y ronco parece brotar de la médula de sus huesos. Poco a poco un estado de somnolencia le va soltando los músculos. Ya no patalea más, las piernas no le responden. Rápidamente lo introducen al vehículo y lo tiran como pueden sobre una camilla, lo atan con correas a ella, mientras el Cangrejo piensa:

–El mundo entero está torcido, volteado, tienen los ojos en la cara.

Ahora no tiene ganas de reír.

Duerme.

–Nadie sabe de dónde vino -comenta uno de los hombres de mandil blanco.

En efecto, nadie sabía de dónde había venido, lo cierto era que un buen día apareció en la Plaza 25 de Mayo caminando de espaldas, murmurando:

–Tengo los ojos en la espalda, en la espalda tengo los ojos, los ojos en la espalda tengo, en mi espalda están mis ojos, mi espalda está en mis ojos, en mis ojos está mi espalda, tengo espaldas en mis ojos...

Realmente parecía tener los ojos en la espalda. Aunque su andar era lento, cada uno de sus pasos era firme y seguro.

Esa tarde calurosa todos se congregaron en la Plaza 25 de Mayo. El Alcalde sintió el barullo de la gente desde su despacho en la Alcaldía ubicada en una esquina de la plaza. Su curiosidad natural lo hizo salir escoltado por el Concejo Municipal en pleno que en ese momento sesionaba.

Al pie del monumento al Gran Mariscal de Ayacucho encontró al Presidente de la Corte Suprema de Justicia, al Prefecto, al Arzobispo acompañado de un séquito numeroso de curas, al Rector de la Universidad y todos los decanos y autoridades de las diferentes Facultades, al Comandante de la Policía, en fin, a todas las autoridades y parroquianos notables de la ciudad.

Los comentarios, especulaciones y elucubraciones estuvieron a la orden del día. Hasta los leones de bronce parecían tener algo que decir. El Comandante de la Policía afirmó, por ejemplo que: un policía había visto un automóvil muy elegante y desconocido dejarlo a una distancia prudente de la plaza y luego partir a gran velocidad.

El comentario corrió de boca en boca. La conclusión final fue que: el extraño pertenecía a una de las familias más ilustres, ricas e importantes del país (algunos apellidos fueron mencionados) que se avergonzaban de su locura, que por eso lo habían abandonado, para que los del Hospital Psiquiátrico -el único del país- lo recogieran evitando la vergüenza de internarlo ellos mismos. Alguien por ahí afirmó que un fuerte donativo se había hecho anónimamente para la mencionada institución.

El Rector de la universidad comentó que en su época de estudiante de la Facultad

de Medicina, uno de sus condiscípulos –muy parecido al extraño y además muy estudioso– había perdido la razón porque un día fatal sus amigos se dieron cuenta que se masturbaba constantemente a solas en su habitación de estudiante. Lo espieron por el agujero de la cerradura riendo entre dientes. Le abrieron de improviso la puerta de su dormitorio y se burlaron tanto de él, remedando sus gemidos, riendo a carcajadas hasta hacerle perder la cordura de purita vergüenza. El comentario no se hizo esperar, circuló en cuestión de segundos. La conclusión general fue que de tanto corrésela se le habían cruzado los chicotes.

–Pobre alma –se apiadó el Arzobispo.

Alguien lo escuchó mal y corrió la voz de que el alma del extraño estaba poseída por espíritus malignos, que su locura era obra de Belcebú y que la Iglesia Católica solicitaría autorización al Papa para exorcizarlo; o mejor aún pediría que mandaran a un cura con experiencia en estos menesteres.

–Parece un Cangrejo –se atrevió a bromear el Alcalde.

Entonces los niños empezaron a gritarle "Cangrejo, Cangrejo". Así pues, quedó bautizado el enajenado. Nadie jamás le conoció otro nombre.

Desde entonces la historia del Cangrejo fue oficial, todos creían saber todo de él. Hasta alguien escribió una nota picaresca en un periódico de circulación local. Pero, en realidad nadie supo la verdadera tragedia del personaje.

El Cangrejo despierta. Quiere mover los brazos, pero siente la camisa de fuerza anudarle las manos en la espalda. Ve al mundo con impotencia con sus ojos de la cara, mientras las moscas revolotean en su cabeza impunemente. Siente ganas de gritar, pero se contiene.

–El mundo está torcido, volteado –dice con tristeza.

Nuevamente no siente ganas de reír. Un nudo le aprisiona la garganta de la que brota un profundo sollozo lastimero.

Un alarido desgarrador llega hasta sus oídos. Un dolor terebrante le taladra los huesos del alma, mientras la indiferencia de los vestidos de mandil fluye desganadamente. Los alienados deambulan sumidos en su abandono, liberando sus gestos díscolos en su cara. Algunos yacen tirados, inmóviles, dispersos en los rincones con la mirada vacía clavada sobre el piso; mientras sus babas cuelgan por la comisura de sus labios. El Cangrejo los observa con sus ojos en la espalda. Vuelve a su memoria el abandono, la miseria del Psiquiátrico. Una sensación opresiva se cobija dentro de su pecho. Mientras afuera los torcidos se acuerdan de su rutina solamente. Tal vez sea necesario congregarlos nuevamente a todos en la plaza, como aquél lejano día que apenas recuerda vagamente. Quizá sean ellos los que debieran estar aquí.

–El mundo está al revés –dice.

Una lágrima rueda por su cara.

Quizá sea cierto: el mundo tal vez esté realmente al revés y el Cangrejo es el único que lo sabe.

Adrián Cáceres. (Puno, 1967). Estudió en el Instituto Pedagógico de Puno. Cuenta con estudios de jurisprudencia en el extranjero. En 1999 publicó *Desde un rincón de mi alma*.

En 1999, con su obra *Desde un rincón de tu alma*, gana el primer premio del II Concurso Nacional de Narrativa “Carlos Medinaceli, convocado por el Gobierno Municipal de Sucre (Bolivia).

Gabriel Apaza

Luciérnaga

De los nidos futuros del estío
sólo aguardo una ventana de lluvia
Abierta en una hoja virgen

Allí lavaré mis pálidos árboles
de un ignoto manantial en prosa
un poema como ojos de profeta
con este deseo soy feliz.

Cuando el alba llega
cierro todas las ventanas

Y las dejo entregarse a los poetas somnolientos

Abro los oráculos baldíos
abro el silencio
donde los hombres desgajan a cuchillo
cópulas desiertas
detestan la impaciencia de los búbo-lunas
y oscurecen los recodos
donde los videntes hallaron su idilio

Cuando las cítaras del hebreo dejaron de plañir
cuando ninguna mariposa esparce rosas rojas.

Gabriel Apaza. Nació en Huancané en 1969. Es poeta, narrador y periodista. Se trata del representante prominente de la *Generación de fin de siglo*.

Obras:

– *Aporía*

Simón Rodríguez

He venido a ti

He venido a ti
A destilar tus bayetas

Y después de una tormenta de azúcar
Andar y desandar la frescura de tu cuerpo
Encortinar con besos esos blancos caminos
Y estrangular la tristeza entre nuestras caricias

Bajo lluvia de silencio nuestros ojos se encienden
Se deshojan tus senos en gemidos de gaviota

Como caracoles claros
Tejen cintas tus brazos en mi espalda...

He llegado a ti jaloneando tu fragancia de muña
Huyendo como un silbido de la pena

Para desnudar nuestros fuegos
Y astillar la noche en cientos de pequeños días.

Simón Rodríguez. (Puno, 1969). Cuenta con estudios de Derecho y es profesor de Literatura.

“Poesía bella y sensitiva ésta de Rodríguez, que a los 22 años –edad en que publica ‘Desatando Penas’– se nos presenta como un orfebre de la palabra, un hacedor de imágenes y metáforas” (Padilla, Feliciano; 2005: 185).

Obras:

– Desatando penas (1992).

Luis Pacho

CUADRO 1

Detrás de las palabras
que aún sacuden
el desvelo de antiguas memorias,
una ciudad se desploma
bajo el cielo de unos quietos caninos.
Sin embargo en esta calle
por donde nunca nos hemos ido
los musgos nos abrazan
tíbiamente los tobillos.

Luis Pacho. (Laraqueri-Puno, 1969). Ha sido ganador de varios premios literarios locales. Actualmente dirige la revista *El pez de oro*.

“La aparición del primer libro de un escritor, es fundamental. Así, cuando apareció *Ande* de Alejandro Peralta se produjo un gran debate sobre una nueva estética de los andes. Cuando apareció *El padre Horán* de Narciso Aréstegui, éste se convirtió en el iniciador de la novela indigenista en el Perú. Y, ahora, el poeta Luis Pacho nos presenta su primer poemario: *Geografía de la distancia*, con un total de 41 poemas” (Flórez-Áybar, Jorge; 2006:77).

Obras:

– Geografía de la distancia (2004).

Bladimiro Centeno

Vanesa

No me imagino qué vendrá después. Pero ya estoy sentada aquí, en este asiento de la plaza Manco Cápac, mirando el cielo nublado de la tarde. Estoy decidida a que Felipe, mi cliente preferido, me convierta pronto en su mujer y me case en cualquier municipio del país. No son muchas las oportunidades que se presentan en este mundo. Me ha prometido llevarme lejos de esta ciudad, lejos de la gente que me conoce y protegerme con su trabajo el resto de mi vida.

Las chicas se quedaron completamente consternadas con mi decisión. No esperaban que tomara esta determinación después de una semana de explicaciones negativas. Entiendo que nunca ocurrió algo igual en Sirenitas, jamás un cliente se casó con una chica por más bonita que fuera. Claro que aparecen por ahí con esa promesa, porque les interesa ese cuerpo que no encuentran en su pareja, esa charapa de labios sensuales, esa limeña de nalgas prominentes, esa rubia de largas piernas, pero se arrepienten a última hora, porque una puta es siempre una puta, y una sufre las penas de esa desilusión.

Tal vez soy una tonta como dicen ellas. Pero estoy segura que Felipe no es como otros. La mayoría únicamente espera que le entregue mi trasero como una perra, toma mi cuerpo como un simple recipiente cálido y se comporta conmigo de cualquier manera. Algunos entran a la habitación con una sonrisa cínica, arrojan el billete sobre el velador y ordenan que me desnude. Estoy apurado reclaman, quiero la posición perrita, abre las piernas, mueve el culo y se van molestos, no sé si conmigo o con ellos mismos. Y me siento mal, un trapo en un charco, un urinario en la calle más sucia de la ciudad.

Pero no todos actúan así. Existen clientes bastante amables, me llaman por mi nombre y se extasían con mi cuerpo. ¿Puedo tocar tu piel?, ¿puedo besar tus senos? preguntan antes. Mi mujer ya parece una vaca cansada, mi enamorada es una tonta virgenmaría, tú eres perfecta me elogian. ¿También sientes? procuran saber algunos, no soy de piedra les respondo, mientras me acomodo. ¿Cómo estoy?, durísimo les levanto el aliento, les colmo de fantasías y me siento la mujer más deseada del mundo.

Aún así nadie se compara con Felipe. Sus visitas siempre me llenan de un ánimo especial que a veces me convierten en una mujer feliz. Apenas advierte un ligero cansancio

en mi rostro, me acuesta sobre la cama y me pide que descanse. Tu cuerpo no es una máquina me llena de besos la espalda, ya me complacerás cuando tengas menos clientes se conforma con una caricia en mis nalgas. ¿Cómo está él? pregunta por mi hijo. Bien con mi madre le informo. Visítalo con más frecuencia me recomienda, que no se entere nunca de tu trabajo... Si te unieras a mí reflexiona de cuando en cuando como para sí mismo, lo quería como a mi hijo y te amaría sin negocios de por medio. Entonces me levanto de la cama, le beso el rostro moreno y acojo sus manos sobre mi ombligo. Y creo en su cariño, en sus palabras que se depositan sobre mi cuerpo como una lluvia refrescante: eres una mujer que merece otro mundo, un marido que te engría, que aprecie a tu hijo y adore tu hermoso cuerpo.

Claro que no son solamente sus sentimientos de buen samaritano. Se interesa por mí porque soy una norteña que sobresale en todo Sirenitas con un cuerpo perfecto que atrae a tantos hombres cada noche, el cabello pintado de rubio y el vello púbico completamente oxigenado. Además desea concretar conmigo un sueño frustrado: el amor de una mujer

hermosa como su primera enamorada (bastante guapa por cierto en la foto), con quien terminó por culpa de los padres de ella que lo despreciaron. Desea casarse con una mujer bonita, pero sacada de un mundo como éste del cual no pueda enorgullecerse jamás y olvidar su cariño. Es una verdad que no puedo ocultar, aunque me cueste aceptarla.

Pero nadie elige este mundo. La belleza no garantiza la felicidad de una mujer. Cuando quedé embarazada, mi novio no dudó en abandonarme a pesar de mi cuerpo perfecto y mi virginidad perdida entre sus brazos. Me condenó al abandono sin ninguna compasión. Y no tuve otro remedio que llegar a esta ciudad, entrar a Sirenitás con el cuerpo desarropado y resistir el cuerpo de un desconocido cada media hora hasta que bote su líquido viscoso en el preservativo. Además ya cumplí veinticinco años y eso ya me convierte en una vieja. Y no tardarán en expulsarme del local como ya ocurrió con otras de mi edad que se demacraron fácilmente.

No quiero correr esa suerte. Por eso acepté la propuesta de Felipe, cuando todavía puede admirar mi cuerpo, apreciar las curvas que enaltecen mis nalgas, tomar con ansiedad mis senos erguidos y contemplar mi vello púbico recortado en forma de corazón. Es un hombre que se preocupa por mí, me trata de una manera distinta y recompone mis ilusiones perdidas. El amor limpia todo explica, el sexo sin ternura multiplica las desdichas, lo importante es la unión de dos sentimientos para enfrentar el mundo, la vida, el mundo, la vida. Y me da ganas de llorar de tanta emoción cada vez que lo escucho.

Sin embargo, me persigue la duda. No me siento feliz de tomar esta decisión. Todas las advertencias que me dieron las chicas estallan en mi cabeza con fuerza. Te equivocas tonta, te convertirás en una esclava, un hombre desea a una puta pero nunca la ama, los cuerpos envejecen, el amor no existe, el cariño no sobrevive por mucho tiempo. Son explicaciones que no abandonan mis pensamientos, perduran como heridas sangrientas en mi memoria y confunden mis sentimientos. Y eso me hace dudar mucho.

Felipe dijo que me ama, que adora mi cuerpo, que no importa otra cosa. Pero nada me asegura que en alguna discusión me eche en cara, que cuando me convierta en una vieja piense lo mismo, me brinde el mismo afecto y muestre la misma preocupación por mi hijo. Nadie me garantiza que cuando ya no oxigene mi vello púbico, pierdan sensualidad mis labios y retire los aretes de mi cuerpo, no recuerde cuántos hombres usaron mi cuerpo durante estos años, con qué movimientos complacé el placer de incontables clientes y llene su corazón de hombre. Nadie.

Soy una puta, mil veces puta, aunque no tan distinta de las otras que también lo son a su modo, a cambio de una buena propiedad, tras un tipo con trabajo estable o un viejo con bastante dinero en el banco. Tú eres más honesta en ese sentido me dice a veces. Pero no llevan una marca transparente como yo, no venden el placer en forma pública. Son putas con la bendición de la iglesia, la gloria del macho y la máscara familiar. Además no hay un hombre que olvide fácilmente las marcas que recibe una mujer como yo. No...

Este es mi dilema. Pero estoy aquí.

No me imagino lo que vendrá después. Pero estoy sentada aquí, sin otra opción que esperar a Felipe, que ya aparece por la esquina con su maleta, dirige la mirada a los cuatro lados de la plaza y rodea las rejas que protegen la pileta. Viene directo hacia mí, con su mirada amable que me alivia tanto y la esperanza de una luna de miel. No me imagino lo que vendrá después. No deseo imaginarlo. Pero me voy contigo sin negocios de por medio, sin preservativos en la maleta y sin otra ilusión que la alegría de este viaje.

Tal vez me case contigo, tal vez no. Pero eso no importa por el momento. Sólo te pido que me abracés con el mismo deseo con que acostumbrás tomarme.

Tal vez me case contigo, tal vez no. De todos modos esperaré que te guste alguna otra mujer y yo busque otro hombre que ignore este tramo de mi vida. Es cierto. No soy una punta ahora. Te ofrezco este corazón limpio, esta excitación sana de mi cuerpo y mi sexo purificado por tu cariño. Pero las chicas tienen razón en algo: el dolor más grande para una mujer es vivir al lado de un hombre amado con la marca de una puta en la frente.

Bladimiro Centeno. Escritor y crítico, nacido en 1970, en Copani-Yunguyo. Estudió Literatura y Lingüística en la UNSA de Arequipa. Colabora en varias revistas nacionales con artículos de crítica literaria y cuentos de gran factura. Ejerce docencia en la UNA-Puno.

Obras:

- *Imaginario de la palabra* (un libro de estudios literarios y culturales)
- *Días secretos* (2009)

Eddy Sayritupa

VI

Puedo encontrar tus besos en las tardes crecidas de los ríos
Puedo oír tu voz en el viento que toca con sus ramas el cielo
En el manantial que humedece los arroyos.
Puedo abrazar la libertad de tus brazos
Seguir tus pasos fríos tras la lluvia aspergida
Derramada en el horizonte púrpura
Tomarte de la mano y viajar
Como las nubes de tus cabellos
Observar la luz que nace de tus labios.
El sol que emerge de tus ojos
La fragancia de tu piel
Mirar el cielo que se llevó nuestra inocencia
Y decirte que nunca será tarde
Para viajar por las mañanas que cosechamos
Que empozan veranos y océanos pacíficos
Que esperan nuestros pasos.
Y la arena caliente de sus orillas, será nuestra
Apagará el frío que llevamos
Volarán soles como aves desde nuestros jardines
Tocaremos la cima del cielo
Y la tibieza de la tarde
Cruzaremos el mar
Que creció de tanto mirarlo
Las brisas que emanan desde la luna
En el pez que nació al caer la tarde
Cruzaremos pisando el fuego
Que se extendió en las crestas de los rayos.

Eddy Sayritupa. (Puno, 1974). Es poeta y abogado. “Al igual que los anteriores poetas de su generación muestra una fibra especial y una vocación para la literatura. Aún no tiene un libro orgánico, sin embargo se lo considera en este esbozo por ser joven vate talentoso...” (Padilla, Feliciano; 2005: 198). Fue finalista en Copé Internacional de Poesía 2007.

Darwin Bedoya

Coro de olvidos en la ciudad

Si tan solo la música pasara en silencio,
A hurtadillas
Por mi costado vacío de todo.

P.G. Mathews

SI ULISES ME HUBIESE NARRADO DEL CANTO DE LAS SIRENAS con una melodía parecida, con una sirena en las manos; estoy seguro que ahora no estaría aquí. Luego de muchos años, aún puedo imaginar una música lejana, como una flauta que me invita a buscarla. Pero, este vacío inclemente, este sudor aterrador, este bastón torturador, todo, todo se torna en un calvario desde que el flautista se llevó a los niños, a todos mis amigos, de la ciudad. Y desde entonces los busco sin cesar, porque no pude seguir el paso audaz de ellos cuando una mañana calurosa, tranquila y llena de música, se fueron para siempre de Hamelin.

Plaza de armas

a A. M.

ERA UNA CLARA SEÑAL DE EJEMPLO. Daba la sensación de una increíble puntualidad, todos los días, antes de la salida del sol, la estatua ya estaba allí.

Darwin Bedoya. Nació en Moquegua en 1974. Perteneció a varias instituciones culturales y se desempeña como docente de literatura. Tiene algunos premios ganados. Publicó:

- Jardines del silencio (2004)
- Yarume, primera edad del silencio (2006)
- Aunque parezca mentira (2007)

Filonilo Catalina

Malú

Decir Malú es la forma correcta de cazar el primer
pájaro que anida la primavera

Y las mañanas

Son un pretexto que ha inventado el Sol para asomarse
a los ojos de Malú

Sólo para que se den una idea les diré:

Que Malú es la imagen de una flor empuñando otra flor
(o sea una flor al cuadrado)

Que Malú es una selva endulzando esta amarga
ciudad con sus repentinas aves

Que Malú tiene la distancia de todas las aves y que
todas las aves se apellidan Malú

Malú

Que Malú es el final de los ríos

Que Malú es la consecuencia de las lluvias

Que si Malú cierra los ojos / a mí / se me apaga el mundo

Malú:

Para explicar la estación que provocas en mi cuerpo

Diría que tienes la belleza de una escalera en un planeta lejano

O simplemente desataría mi corazón en plena calle

Malú:

Para invitarte a salir

Tendría que romper mi alcancía de flores

Malú, malú

Malú malú

Malú:

Si estuvieras esta tarde conmigo te diría

“flaca, este mundo que no alcanza lo podemos estirar en una cama”

Y tú

Me mirarías plantada en este mundo como un árbol extraño pero cálido

Malú

Si estuvieses esta tarde conmigo no tendrías

más remedio que abrazarme

Abrazarme hasta encontrarte

Filonilo Catalina. (Puno, 1974). Su nombre verdadero es Luis Rodríguez Castillo. Estudió en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional San Agustín de Arequipa. Fue finalista del certamen Dedo Crítico (2001) y de la XI Bienal de Poesía “Premio Copé 2003”. En el 2005 ganó el Premio Bronce de Copé de poesía.

Obras:

- Memorias de un degollador (2000)
- La canción de la cucaracha (2003)
- Janaí o para cantar bajo la lluvia (2005)
- Poesía (2006)

Christian Reynoso

Las manos

A las siete de la mañana del 23 de setiembre Charlie Fletcher, el más famoso armador de rompecabezas de Lago Grande, fue encontrado sobre una mesa del tercer piso de la Biblioteca Central. ¿Inconsciente? ¿Dormido? ¿Muerto? Nadie lo sabía.

El conserje, quien lo encontró, dijo haberlo visto por última vez, la noche anterior, una hora antes de cerrar las puertas de la biblioteca.

—Cuando lo vi —dijo—, Charlie Fletcher terminaba de armar un rompecabezas con figuras de caballos.

En efecto, a esa hora, Fletcher concluía el rompecabezas Número 125 (Siete caballos pura sangre en frenético galope. 200 piezas. 90x60 cm. Serie Animales) Admitió que la parte inferior había sido la más difícil: diferentes tonalidades cafés que configuraban el brumoso polvo que los caballos levantaban en su marcha.

Los minutos pasaron y luego de algunas llamadas, el detective Granados se hizo presente en el lugar de los hechos para las investigaciones respectivas.

—No toquen nada —ordenó. Y en seguida aplicó la estrategia número uno de toda investigación: observar, observar, observar.

La mesa en la que yacía Charlie Fletcher estaba colmada de piezas desordenadas y superpuestas del rompecabezas Número 17 que horas antes estuvo armando. (Tres manos

de dedos deformes cruzadas entre sí, 500 piezas. 120x90 cm. Serie Cuerpo Humano). Muchas otras, tiradas en el piso, se perdían en un gran charco de sangre, de modo tal, que sólo la esquina superior derecha del rompecabezas estaba armada.

Su largo cuerpo descansaba en una silla. Sus hombros y cabeza, como si de pronto hubiese quedado dormido, se apoyaban en la mesa. Sus manos, metidas en los bolsillos del pantalón, no hacían nada por protegerlo. Y desde allí, con disimulo, chorreaba un hilillo de sangre. Por último, a un costado de la mesa, sobre una silla, tres juegos de rompecabezas esperaban su turno para ser armados.

—Yo conversé con él —dijo el bibliotecario—. Anoche, cuando llegó y empezó con el primer rompecabezas. Dijo que era atravesado por el vuelo de unos pájaros, de 300 piezas y 60x60 centímetros. Contó que a los seis años había armado su primer rompecabezas: un mediodía árbol de 10 piezas; que luego, su interés fue creciendo hasta perderse en rompecabezas de 5000 piezas que por poco lo dejan loco. Y que últimamente se había interesado en armar rompecabezas con figuras de manos, tratando de encontrar en ellos las piezas exactas de sus propias manos.

—¡Claro! —interrumpió Granados—. ¡Eso es!

Los presentes voltearon a mirarlo.

—Señores —continuó—: Tengo la respuesta. Charlie Fletcher no está muerto, está inconsciente; hace un par de horas que viene desangrándose. Pero eso no es lo peor, lo peor es que nunca más volverá a armar rompecabezas.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Por qué? —murmuraron—. No puede ser.

—Simple señores —sentenció Granados—. Charlie Fletcher se ha cortado las manos. Si no lo creen, vean si aún las tiene en sus bolsillos.

Nadie se atrevió. Granados sí, porque sabía que tenía la razón. Sólo él se había dado cuenta que, de los rompecabezas que estaban al costado de la mesa uno

tenía la inscripción: Número 1.30 piezas. 90x15 cm. Serie Armas Blancas. Era pues, la figura de una afilada hacha.

Christian Reynoso. (Puno, 1978). Estudió Ciencias de la Comunicación Social en la Universidad Nacional del Altiplano. Ha sido columnista de los diarios Los Andes y Correo de Puno. Actualmente es periodista de la Asociación SER.

Obras:

- Los testimonios del manto sagrado (2001),
- Látigo del Altiplano, biografía de Samuel Frisancho (2002).
- Febrero lujuria (2007)

Javier Núñez

Salomé

Estoy acostado al lado de una guapa diablesa. Siento su respiración pausada y contemplo su rostro de niña traviesa. Son las cuatro de la mañana y a lo lejos están cantando los gallos; yo también cantaré mis aventuras con esta bella. En unos minutos la despertaré y consumiré por tercera vez nuestro amor loco. La besaré desde sus cabellos hasta la punta de sus pies, le acariciaré sus muslos suaves, la amaré sin frenos ni límites. Ella tenderá sus alas de mariposa y jamás me olvidará en toda su vida.

La conocí a las doce de la noche cuando terminaba la Parada Folklórica con Traje de Luces. A esa hora, y en fiestas de esta índole, siempre hay diablesas ebrias para recogerlas. En ocasiones anteriores tuve la suerte de llevármelas al hotel. Por eso siempre recorro los sitios donde terminan los pasacalles en busca de bailarinas mareadas. A la semana siguiente pienso ir al Carnaval de Juliaca. Me han dicho que allá las danzarinas beben a jarras incalculables y terminan bailando marinera con sus ropas íntimas en las manos.

No tengo una novia estable, de manera que nadie se queja, nadie me molesta; hago lo que me da la gana y me acuesto con cualquier mujer sin recibir celos. Hasta ahora me he acostado con una infinidad de chicas, tal como consta en mi *Libreta de Eros*; donde registro los datos necesarios y las posturas que empleamos. A veces añado algunos detalles, como por ejemplo, la actitud de las mujeres cuando llegan al orgasmo, los gemidos de las muchachas vírgenes. (A propósito, en mi registro figuran cinco vírgenes.)

Mi objetivo es acostarme con la mayor cantidad de mujeres en toda mi vida. No pienso casarme nunca, porque se frustrarían mis planes. Parece que vine al mundo a complacer a todas las mujeres insatisfechas. Hasta ahora nadie se ha quejado. Por eso tengo razones suficientes para sentirme orgulloso.

Tengo veinte años y me llamo Orestes de la Fuente. Me gusta la gimnasia y todas las tardes acudo al Búfalo. Levanto pesas y hago otros ejercicios. Eso me permite mantenerme en forma.

Mi primera vez fue a mis quince años con mi profesora de Arte. Entonces me di cuenta de que había nacido para todas las mujeres. No desaproveches este don que Dios te ha dado, me sugirió la profesora.

Esta diablesa que está acostada a mi lado andaba sin brújula cuando le salí al paso. No tuve que cortejarla porque la iniciativa fue suya. Estaba mareada por los efectos del trago. Sin perder tiempo vinimos a este hotel Los Girasoles. Ella recordó a su enamorado, quien la había engañado con otra chica. Págame con la misma moneda, le dije. Me miró con tristeza en los ojos... Me acerqué a su lado, acaricié sus cabellos sueltos y advertí sus pechos erguidos que asomaban de su traje de diablesa. Tengo sueño, dijo... La abracé con ternura inusual en mí y sentí su espalda tenue donde descansaban sus cabellos... Fingió rechazarme en el momento... Seguí insistiendo hasta que de improviso la besé en los labios y cedió terreno poco a poco... Su falda de danzarina jugaba con sus muslos blandos por donde mi diestra recorría hasta explorar un capullo de rosa en primavera. Ella empezó a respirar con dificultad y contonearse en su sitio. Tuve que ganar tiempo al tiempo; así que empecé a desnudarla rápidamente. Cuando llegó el momento indicado nos sumergimos en la ciénaga del amor. Retozamos al ritmo de las bandas de músicos y sus gemidos parecían escucharse por todas partes... Fue como ver la cara de la muerte por un instante.

La segunda vez que nos entregamos al placer desmedido fue por iniciativa suya. Ella me despertó a besos y empezó con sus juegos de gata seductora. Retomé fuerzas en el acto e hicimos un viaje al infinito...

Ahora estoy escuchando cantar a los gallos. Son las cuatro y media de la mañana. En ese armario están sus trajes de diablesa, ornamentados de colores. Miro su rostro de niña y pienso que ella tomará otra vez la iniciativa. A ratos me pregunto qué estará soñando.

Cuando se marche anotaré su nombre en mi *Libreta de Eros*. Quizá me busque en otra ocasión, quizá se enamore de mí, pero ya no me encontrará. A las otras mujeres las he olvidado en menos de una hora, sólo figuran sus nombres en mi libreta...

Esta diablesa no piensa despertar, en ese caso yo mismo tendré que despertarla, no me queda otra alternativa. Le susurraré al oído: Salomé, ¿me escuchas? Salomé...

—¡Qué carajo estás diciendo! ¿Quién es Salomé? Yo soy Miluska.

Javier Núñez. (Melgar-Puno). En el 2008, con el cuento *Clara Luz*, fue finalista en el V Premio Regional de Cultura, auspiciado por I.N.C. de Cusco. De igual forma, fue Segunda Mención Honrosa, en la I Bienal de Arte Víctor Humareda Gallegos, en la modalidad de cuento. En el 2011 ganó el I Premio Nacional de Novela Ciudad Incontrastable, en Huancayo, con *Virgenes y herejes*.

Estudió Lengua y Literatura (UNA-Puno), Ciencias Contables (UNA-Puno) y maestría en Lingüística Aplicada (UNSA- Arequipa).

Obras:

- Espejos de bronce (2005)
- Salomé y otros cuentos (2009)
- Asesinas (2010)
- Virgenes y herejes (2011)
- Laberinto (2012)

José Luis Velásquez

I

La tristeza envía sus saludos

dos niñas sacan el agua de sus ojos

y

dicen...

que las sonrisas aplauden cuando llora

la vida ha quedado ciega
mírame

el
cielo
cae
desde un mirador

la luna
se echa
a rodar

mírame,
hoy no puedo ver tu rostro

He decidido inventar tu rostro, dibujar tu sonrisa y darte un nombre que suene a canto, he decidido besar la mejilla de tu sombra, por no saber tu nombre, he preguntado por ti a los pétalos de una rosa.

José Luis Velásquez. (Puno, 1980). Poeta y ensayista, y catedrático de la Universidad Nacional del Altiplano. Es especialista en estudios regionales (sur -andinos). Fue editor de la revista de arte y cultura "apumarka", redactor de la revista "pez de oro". Actualmente dicta las cátedras de literatura universal antigua y los cursos de filosofía. Es editor general del diario "los andes" (decano de la prensa regional) y redactor de la página cultural, y del suplemento "totoria".

“Es un joven escritor que ha ingresado a los diferentes géneros con gran capacidad de creación e investigación” (Flórez-Áybar, Jorge; en prólogo a *Ojos de cisne / voz de caracol*). Tiene estudios de maestría en Interculturalidad, y un doctorado en Ciencias Sociales.

Obras:

- El hombre y el cosmos en la concepción filosófica andina (2005);
- Ojos de cisne / voz de caracol (2007).
- Gitana
- Beso de Lluvia (literatura puneña)

Bibliografía

APUMARKA. Revista de arte y literatura. Año VIII, N° 6, noviembre de 2004.

ARAMAYO, Omar. *Antología de la poesía puneña*. Arequipa, 1999.

BEDREGAL, Walter. *Aquí no falta nadie*. Antología de poesía puneña. Grupo Editorial Hijos de la Lluvia. Juliaca - Perú, 2008

CASCADA DE FUEGO. Boletín literario. Año 1, N° 1. Puno, abril de 2009.

FLÓREZ-ÁYBAR, Jorge. *Literatura y violencia en los Andes*. Editorial Arteidea. Lima, 2004.

_____. *Novela puneña en el siglo XXI*. Editorial Sagitario, La Paz-Bolivia, 1998.

_____. *10 años de literatura puneña*. Arteidea Editores. Lima, 2006.

FRISANCHO, Samuel. *Antología del cuento puneño*. Editorial Los Andes. Puno, 1983.

LITERATURA PUNEÑA. Artículo de Wikipedia, sustraído de:
http://es.wikipedia.org/wiki/Literatura_pune%C3%B1a

PADILLA, Feliciano. *Antología comentada de la literatura puneña*. Fondo Editorial Cultura Peruana. Lima, 2003.

PEZ DE ORO. Revista de literatura, AÑO 4, N° 11 y 12, noviembre y diciembre de 2005

SIGNO AUSENTE. Boletín de literatura. Año 1, N° 1. Puno, primavera de 2008.

TITO, Edwin P. *Relatos de la literatura oral y escrita del Altiplano*. Impresiones gráficas REPSA. Puno, 1997.

TORO MONTALVO, César. *Manual de literatura peruana*. A.F.A. Editores Importadores. Cuarta edición. Lima, 2000

_____. *Grandes obras maestras. Literatura peruana*. Tomo IV. Editorial San Marcos. Lima 1998.

VELÁSQUEZ, José Luis. *Ojos de cisne / Voz de caracol*. Editorial Universitaria-UNA-Puno. Puno, 2007.